

LEOPOLDO LUGONES

P O E M A S
S O L A R I E G O S



B. A. B. E. L.
BIBLIOTECA ARGENTINA DE BUENAS EDICIONES LITERARIAS
BUENOS AIRES - MCMXXVIII

PERTENECIÓ A
LEOPOLDO LUGONES

POEMAS SOLARIEGOS.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

VERSO

<i>Las Montañas del Oro</i>	(agotado)
<i>Los Crepúsculos del Jardín</i>	(2. ^a edición)
<i>Lunario Sentimental</i>	(agotado)
<i>Odas Seculares</i>	"
<i>El Libro Fiel</i>	"
<i>El Libro de los Paisajes</i>	"
<i>Las Horas Doradas</i>	"
<i>Romancero</i>	(2. ^a edición)

PROSA

<i>La Reforma Educacional</i>	(agotado)
<i>El Imperio Jesuítico</i>	"
<i>La Guerra Gaucha</i>	(2. ^a edición)
<i>Las Fuerzas Extrañas</i>	(agotado)
<i>Piedras Liminares</i>	"
<i>Prometeo</i>	"
<i>Didáctica</i>	"
<i>Historia de Sarmiento</i>	"
<i>Elogio de Ameghino</i>	"
<i>El Ejército de la Ilíada</i>	"
<i>El Payador (tomo primero)</i>	"
<i>Mi Beligerancia</i>	"
<i>Las Industrias de Atenas</i>	"
<i>La Torre de Casandra</i>	"
<i>El Tamaño del Espacio</i>	"
<i>Acción</i>	"
<i>Filosofícula</i>	"
<i>Cuentos Fatales</i>	"
<i>La Organización de la Paz</i>	"
<i>Estudios Helénicos</i>	"
I <i>La Funesta Helena</i>	
II <i>Un Paladín de la Ilíada</i>	
III <i>La Dama de la Odisea</i>	
IV <i>Héctor el Domador</i>	
<i>El Ángel de la Sombra</i>	(novela)

LEOPOLDO LUGONES

P O E M A S
S O L A R I E G O S

B. A. B. E. L.

B U E N O S A I R E S M C M X X V I I I

BIBLIOTECA ARGENTINA DE BUENAS EDICIONES LITERARIAS

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

DE ESTE LIBRO SE HA IMPRESO 10
EJEMPLARES EN PAPEL DE HOLANDA
NUMERADOS Y FIRMADOS
POR EL AUTOR.

DEDICATORIA A LOS ANTEPASADOS

1500 - 1900

A Bartolomé Sandoval,
Conquistador del Perú y de la tierra
Del Tucumán, donde fué general,
Y del Paraguay, donde como tal,
A manos de indios de guerra
Perdió vida y hacienda en servicio real.

Al maestro de campo Francisco de Lugones,
Quien combatió en los reinos del Perú y luego aquí,
Donde junto con tantos bien probados varones,
Consumaron la empresa del Valle Calchaquí.
Y después que hubo enviudado,
Se redujo a la iglesia, tomando en ella estado,
Y con merecimiento digno de la otra foja,
Murió a los muchos años vicario en La Rioja.

*A Don Juan de Lugones el encomendero,
Que hijo y nieto de ambos, fué quien sacó primero
A mención las probanzas, datas y calidades
De tan buenos servicios a las dos majestades;
Con que del rey obtuvo, más por carga que en pago,
Doble encomienda de indios en Salta y en Santiago.*

*Al coronel Don Lorenzo Lugones,
Que en el primer ejército de la Patria salió,
Cadete de quince años, a libertar naciones,
Y después de haber hecho la guerra, la escribió.
Y como buen soldado de aquella heroica edad,
Falleció en la pobreza, pero con dignidad.*

*Que nuestra tierra quiera salvarnos del olvido,
Por estos cuatro siglos que en ella hemos servido.*

EL CANTO

EN la Villa de María del Río Seco,
Al pie del Cerro del Romero, nací.
Y esto es todo cuanto diré de mí,
Porque no soy más que un eco
Del canto natal que traigo aquí.

Canto de la tierra útil que vegeta las plantas,
Palpitada de pasos, resonante de llantas.
Generosa en las minas, regalada en los huertos.
Amada por los vivos, piadosa con los muertos.
Satisfecha en la ubre próspera de la vaca,
Y florida en mi amable maceta de albahaca.

Canto del sol en el don divino
De ver, que cada día mayor belleza enseña.
En la fortaleza rugosa de la leña,
Y en el logro del pan, la miel y el vino.

Canto de la luna en la serenata
Con que tiende la luz cuerdas de plata.
Y en la calma que cuelga su madeja de seda
A la misteriosa sombra de la arboleda.

Canto del agua en el surco sediento
Donde el reposo labriego espera.
En el arroyito que retoza contento,
Y en la plácida flor de la regadera.

Canto del viento,
En el corcel de heroico aliento
Y en la alegría de la hoguera.

Canto del árbol que abre al cielo su arrobo,
En la paternidad del algarrobo
Que da techo, despensa, taller, pilar y alfombra,
En dulzura y substancia, seguridad y sombra.

Canto de la montaña en el disparo
De los cóndores que lanza
Como una torre armada al cielo claro.
En el simple cordial que medra a su amparo,
Y en el soplo triunfal de la esperanza.

Canto del hombre en el amor y el deber,
La dicha apetecible y la amistad mejor,
Que no tiene olor, color ni sabor
Como el agua de beber.

Canto del hogar en la serenidad
Inocente y cariñosa
De las cunas donde reposa
La ternura antigua de la humanidad.
En el gobierno de la madre hacendosa
Y en el nombre heredado con legitimidad.

Canto de la concordia en los "buenos días"
Que al trabajo desean feliz desempeño;
Y en las "buenas noches", que cuanto más frías,
Darán, mejor ganado, el bien del sueño.

Canto de la doméstica ocupación,
En el fuego del horno y el son del almirez;
Y en la festival madurez
De la quinta que rinde su cosecha en sazón.

Canto de la madera en el obraje,
En la constante viga y en el poste seguro;
Y en el armario que suntuoso y obseuro,
Parece guardar una fragancia de linaje.

Canto de la herramienta
En el degüello de oro de la mies opulenta,
Volcado al tajo redondo de la hoz.
Granzas de sol en la forja violenta,
Relámpago de fuerza en el hacha veloz.

Canto del redil
En la melodía que gotea el cencerro.
En la valerosa lealtad del perro,
Y en la paz del crepúsculo pastoril.

Canto del aroma en la Flor del Aire,
Que con la verdad de la rima sincera,
Es el donaire
De la Primavera.

Y vive de sí misma como la ilusión,
Y es romántica estrella en la cabellera,
Y alivio para el mal del corazón.

Canto de la fruta en los parrales
Y en la higuera cerrada como un tonel,
Donde chiflan la breva y el moscatel,
Negros como higos los zorzales.

Canto de la huerta en la próspera ristra
Que sus cebollas de nácar suministra.
En la col que repuja su opacidad de plata,
Y en el gorro demócrata del pimiento escarlata.

Canto del jardín en la rosa vehemente
Y en el lirio celebrado,
Que como un duque, sueña con su ducado,
Sobre el jardín, tan lleno de su alma floreciente,
Que parece que el lirio lo ha soñado.

Canto del ingenio en la copla espontánea
Como la margarita, la lágrima y la estrella.

L E O P O L D O L U G O N E S

Y en la noria profunda, musical y bella
Como el órgano de una catedral subterránea.

Canto de la buena suerte
En el destino bien cumplido.
Canto de la buena muerte
En el descanso merecido.

PASEO MATINAL

EL alba que en su vago matiz purpurino,
Mezcla el día y la noche como el agua y el vino,
Embandera un anhelo de aventura
Con su soplo de brisa tirante y pura
Que promete buen tiempo y buen camino.

La quebrada, sensible como una oreja oscura,
Zumba ya en un arrullo de tórtola temprana;
Y entre retazos de nieblas remolonas,
En el ámbito de la mañana
Los ecos despiertan como personas.
Sangra ya el filo del horizonte,
Y pronto se gloriarán sobre el monte
La aurora dorada como una hija de rey,

Y el día otoñal
 Limpio y cabal
 Como un escudo de buena ley.
 En rapadas listas,
 Suben desde la falda de la cumbre las pistas
 Que con su lento renglón sin palabras
 Va deletreando el rebaño de cabras;
 Y que pueden llevar hasta el retiro
 De alguna corzuela, que es excelente tiro,
 O al paradero del guanaco sutil
 Que sobre la roca escueta
 Recorta su silueta
 De grabado al buril.

Terciados el morral y la escopeta,
 Tomamos a buen paso la trocha concreta
 Del callejón fragante a toronjil.

Centraliza la araña su bola de planeta
 En geométrica randa de rocío,
 Que cortando la huella,
 Triza en cada gota una chispa de estrella
 Con que improvisa el hada rural su atavío.
 Y en el próximo cañaverál,
 Dilata el viento matinal
 Caudaloso rumor de río.

Al pasar, con voz franca
 Nos saluda la moza
 Sencilla y fresca como una taza de loza
 Azul y blanca.
 Claro está que hay también un viejo,
 Tío y tutor de quien ella toma consejo,
 Y que apareciendo a punto, evita
 El piropo y la cita
 Cuyo amable deslíz
 Haría, acaso, de la pobre Rita
 La primera perdiz...

Mas, ya nuestro buen braco
 Que trota de avanzada,
 En la sumisa angustia de la mirada
 Con que vuelve su cara de mozo flaco,
 Previene la sorpresa de la primer parada.
 Suplicando a gemiditos quedos
 El inminente encargo,
 Endurece la cola como un índice largo
 Y arruga las orejas como dedos.
 Así, en su intenso conato,
 Vibra de las orejas a la cola,
 Apuntado como una pistola
 Cuya puntería fuese el olfato.
 Y en el momento
 De la acción decisiva,

Alza hacia atrás, con lento
Encogimiento,
El trébol de la pata indicativa...

El silencio suspenso en la claridad,
Impone la belleza de su inmensidad.
Huele a bálsamo amargo de álamo y sauce, el sol.
Y la brisa, como una abeja,
Insiste en la oreja
Con murmullo de caracol.

Sobre lánguidas chacras y estañados olivos,
Se extenúa un otoño pálido de sequía.
Desde la cuesta llega todavía
El estornudo de los chivos.
Y en la transparente lejanía
Cantan gallos alternativos.

Allá mismo, hace ya tanto y tanto...
Cazábamos los chicos a honda, flecha y pedrada,
Las tórtolas de otoño que forman bandada
Cuando va a semillar el cardo santo.
A veces acudía una dorada,
Quebrado el vuelo en sobresalto hurraño;
Pero ésa quedaba reservada
Para los que tenían boleadoras de estaño.

Había siempre alguno que fuera de programa,
 Solía rezagarse, pegado el oído
 A un poste del telégrafo en cuyo zumbido
 Se escuchaba pasar el telegrama.
 Y al pensar que ahora dónde estarán,
 La lista de la escuela repaso con cariño:
 Andrés Novillo, Agenor Patiño,
 Lizardo Ponce, Medardo Roldán...

De pronto, la maraña,
 Al detenerme por la manga rota
 Que el garabato araña,
 Me impone con familiaridad ya remota,
 La rudeza cordial de la montaña.
 En un hilito de agua que allá brota,
 Y pueril, como entonces, me acompaña,
 La luz talla caireles entre la bergamota.
 Cobra hasta el matorral que me azota,
 Benignidad de planta conocida.
 Con antigua amistad se abre la calma.
 Y reina en el silencio y en el alma
 La conformidad grave de la vida.

Por ahí cerca, bajo unos molles viejos,
 Cada vez más rugosos y fragantes,

Estarán sentaditos los conejos
Como en un Jardín de Infantes.
Llegará, al fin, el caso de quemar un cartucho,
Pues ya cinto, escopeta y morral pesan mucho...
Aunque, acaso, sea mejor
Buscar algún pantano espeso de calor,
Donde a esa hora el chorlito, nada esquivo,
Se sirve un renacuajo aperitivo
Con su afanado tenedor.

Hay a la vuelta un pequeño remanso
Y una piedra apropiada para el descanso,
Donde, a la sombra del mollar
Que un fresco azul de cielo en su malla cueela,
Se abre la lata de mortadela
Y el apetito de par en par.
Pero no hay que dormirse en aquel lugar,
Porque la sombra del molle es traicionera,
Y saca ronchas como la de la higuera,
Y hasta un poco de fiebre suele dar.

En un ríspido desnivel,
Nuestro paso inmediato
Levanta el vuelo de un pato
Con zumbido de cordel.
Sonríe el agua todavía

Al aletazo de la escapada,
 Cuando, de bruces, dejamos saciada
 Nuestra sed, labio a labio con su pureza fría,
 Allá donde más dorada
 Por una arista de sol paralelo,
 Se atornilla delgada
 Sobre un palito que lleva arrastrada
 Su sombra por el fondo, como un anzuelo.

La serenidad es tan limpia y pura,
 Que con gracia sencilla,
 La luz se desnuda en la orilla
 Como una doncella segura.
 Croa algún loro soñoliento...
 Resuella lánguido de bochorno el viento...
 Parece que el bosque se acuesta más pacífico.
 Su profundidad, cual la del pensamiento,
 Es un silencio magnífico.
 Y el blando mandamiento
 De no matar, reprime los antojos
 Del sanguinario instinto que nos doma.
 Hallen gracia la gama y la paloma
 En la agreste inocencia de sus ojos.

QUIETUD MERIDIANA

CANTA el silencio en la inmensa
Serenidad luminosa
Que sobre el campo reposa
Y al fondo del bosque piensa.

Canta el silencio en el alma
La gloria del mediodía,
Con tan perfecta armonía
Que no es más que luz y calma.

Canta el oro del trigal,
Canta la fuerza del roble,
Y la bondad grave y noble
Del corazón del nogal.

Canta la sazón labriega
Del rubio calor que suda,
La recia espalda desnuda
Bajo el peso de la siega.

Y lo remoto del día,
Donde parece que el cielo
Se acaba de abrir al vuelo
De un grande ángel que subía;

Y el albor con que al pasar
Perfila su ala en la vela,
Sobre la lejana tela
Que empina el azul del mar;

Y el gozo del hombre bueno
Que ganó bien su descanso;
Y el sosiego del buey manso
Que rumia, conforme, su heno;

Y el ojo del agua tersa,
Que mirando desde el pozo,
Con celestial alborozo
Se azula en la hondura inversa;

Y el sano y valiente afán
De la madre laboriosa,
Que con honradez sabrosa
Se está dorando en el pan.

REGRESO CREPUSCULAR

EXTENUADA en un blando
Desliz, la luz del día
Se aleja como suspirando
Por la llanura ya sombría,
Que la montaña, eternamente quieta,
Envuelve en su grande mirada violeta.

Unico caminante,
Atravieso, terciada la escopeta,
Y el perro por delante,
Aquella postrer belleza del mundo,
En el gozô meditabundo
De mi propia soledad...
A mi espalda, la sierra transparenta el profundo
Pensamiento celeste de su serenidad.
Tiende al frente el ocaso su coloreado mapa.

Una que otra lechuza me chista y se agazapa
Ante la cueva desde donde me ve pasar.
Alucinadas gafas me clava de hito en hito,
Y apenas me distancio, su sarcástico grito
Parece que me advierte que me voy a extraviar.

Al tranco que un lánguido polvo deja,
Pasa la yunta de bueyes crepusculares,
Con sus cabezas gachas que el yugo empareja
Como una viga sobre dos sillares.
El boyero, sentado en ella,
Silba una lenta tonada de huella
Que llega mansamente al corazón.
Y con sencilla devoción
Salta en el cielo la primer estrella.

Ante alguna invisible población,
Tras los negros barrotes del jarillal, destella
Tremolado en súbitas plumas de oro, el fogón.
A hondos aldabonazos el silencio taladra
La agresión previsorá del cabrero que ladra.
Por un sendero lateral
Va cayendo al camino la tropilla habitual.
Y al trote de la madrina que se adelanta,
Cuelga el son lastimero del cencerro,
Como un pequeño perro
Que le fuera latiendo a la garganta.

Todavía, en la sombra color tierra de Siena,
 Desde el jagüel que estaña su agua serena,
 Se ve volar un pato negro, y hasta el rubí
 Que a trasluz ilumina su pico carmesí.
 Y otra vez, sólo el campo desierto se percibe...
 Profundiza el crepúsculo un frescor de aljibe.
 Y la sierra ya lóbrega, parece que de atrás,
 Apenas nos volvemos, se acerca un poco más.

Hacia el final opuesto del camino
 Cojeado por un trémulo farol de carricoche,
 El ocaso se sume como un trago de vino
 En la garganta de la noche.
 En una humedad negra de hondonadas pradiales,
 Palpitan de luciérnagas las chacras vecinales.
 Y junto al carril, sobre vagos limpiones,
 La vislumbre atarda palideces carnales
 De plácidos melones.

Repercute un eco de azotea
 Mi paso, ya a la entrada de la aldea
 Que cobija su reposo
 En un murmullo de álamo tenebroso.
 Acaban de cerrar la herrería
 Cuyo letrero sin hache
 Simplifica la ortografía.

Y más allá alguien fuma con filosofía,
La irreparable avería
Del carro que a deshora se le quebró en un bache.

Junto al rancho de ña Nemesia,
Curandera y algo bruja a la vez,
Aunque está facultada por el juez
Y no sale de la iglesia,
Advierto, de paso, a Lindor,
El pretendiente de la Rita,
Que acaso a la médica visita,
Buscando algún alivio al mal de amor.
Porque ella cura con dos oraciones,
Una de pares y otra de nones:
La primera para el matrimonio,
Que será, de juro, a San Antonio.
La otra para el celibato,
Que es la de San Liberato,
"Porque liberta y da la calma"
"Contra la tentación de la mujer"
"Que es el tercer"
"Enemigo del alma".
Pero el secreto está en el menester
De saberlas componer
Dentro de un escapulario
Con dos clavos de olor y un alfiler.

A todo esto, un plenilunio agrario
Demudado de próximo aguacero,
Tiende sobre el pueblo solitario
Su vaporoso mosquitero.
Con suavidad de cándido cordero
Va cuajándose el cielo en frescos ampos,
Y en el obscuro aliento de los campos
Despierta la fragancia del romero.

LOA DEL FUEGO ALEGRE

EL fuego resucita, como un jardín, las flores
De todos los árboles que ha quemado,
Y se viste con los esplendores
De todos los faisanes que ha asado.
Hermoso como una ventana de colores,
Abre en la hornalla sombría
La cristalería
De sus diez mil fulgores
Sobre el Imperio de la Fantasía.
Y a un tiempo audaz y timorato,
Ya es apetito abierto en el plato,
Ya espíritu cautivo en la redoma;
Ya guisa, impío, a la paloma;
Ya abriga, compasivo, al gato;
O escala el éxtasis beato
Por un místico hilo de aroma;

O es furtivo malhechor,
 Que descolgado por la misma hebra,
 Liquida con fraude la quiebra
 Y corta al óxido de carbono el mal de amor.

O prestidigitador
 Que con brillante tramoya
 Luce en el ascua su joya
 Y en el hervor su furor.
 Y revela con su esplendor
 Exaltado en la astilla más ruin,
 Que bajo su capa de hollín
 Se encuentra un buen bebedor.
 Pues quién hay más sediento que él
 De agua, vino, aceite y miel.

Poeta... de chispa, naturalmente.
 Escultor titánico del cuarzo y el granito.
 Músico inaudito
 Que desconcierta su *jazz-band* contundente
 Con el yunque, el revólver, el soplete y el pito.
 Pintor que improvisa al desgaire
 La iluminación de sus cien pinceles
 En la llama instantánea de todos los papeles.
 Arquitecto de los castillos en el aire.
 Excéntrico que al giro
 De una hélice de avión o un volante de "auto",
 Se juega con el alma del incauto
 La comedia del Último Suspiro.

Rey que nace como en las fábulas,
De un soplo y una tosca madre: la leña;
Y enriquece del mismo derroche en que se empeña,
Claro está que con bien rimadas cábulas.
Infladas sus mejillas de chuleta al jugo,
En el crisol apura su copa de homenaje,
Entre el tizne, su negro paje,
Y el resplandor, su rojo verdugo.
Al candente trago de cobre o plomo,
Se enciende cual chinesco farol su tragadero,
O le borbolla en el caldero,
Reída de chispas, su barbaza de gnomo.
Su insaciable sed que flamea,
Perpetuamente al cielo empinada,
Se bebe de una sola llamarada
La copa de sombra de la chimenea.
Desatando sus borlas carmesíes,
En dorado rescoldo pulveriza
Sus chinelas de ceniza
Recamadas de rubíes.
Y ante la estufa que desgrana
En plácidos topacios el recuerdo remoto,
El gato es el devoto
De su tibio nirvana;
Y el haragán el feligrés
Que se calienta el alma por los pies.

Así se va apagando,
Con un repliegue blando
De dorada culebra que entra en sueño,
Y cuya lengua, de cuando en cuando,
En vivaz dardo azul brota del leño,
Como si estuviera formando
La salamandra que Vd. puede ver
Cada tres siglos, como es menester.
Y artista absoluto,
Prolonga, todavía, su ardiente desvelo,
En el cristal, su hielo,
Y en el carbón, su luto.
En el temple del acero enjuto
Y en la ternura del buñuelo.

Deslumbramiento en la aurora
Y picazón en la pimienta.
Maquinista de la tormenta
Y ayudante de la planchadora.
Canto y sonrisa en la sonora
Ebullición que inicia el agua.
Y ahora,
Juglar que en el verso fragua
La singularidad
De una rima forzada en equilibrio,
Para inevitable ludibrio
De la Nueva Sensibilidad.

Cósmico huevo de la eternidad,
Que empolla un fénix en el brasero.
Total como el número entero
Y generoso como la amistad.
Y bajo la serenidad
De las noches puras y bellas,
Misterio de las estrellas
Más antiguas que el tiempo y la verdad.
Juventud y ancianidad
En la brasa y en la escoria.
Indestronable deidad
Que diviniza en su gloria
Fe, esperanza, caridad y claridad.

Cohete lanzado por el sol a la tierra,
Para animar la vida y los colores,
Los odios y los amores,
La pasión, la belleza y la guerra.
Cabellera fantasmagórica
Del cometa en perihelio,
Que delira su fiebre meteórica.
Lengua encendida en el evangelio
Y apagada en la retórica.

Monedero que en la sartén
Cuaja la yema en onza de oro.

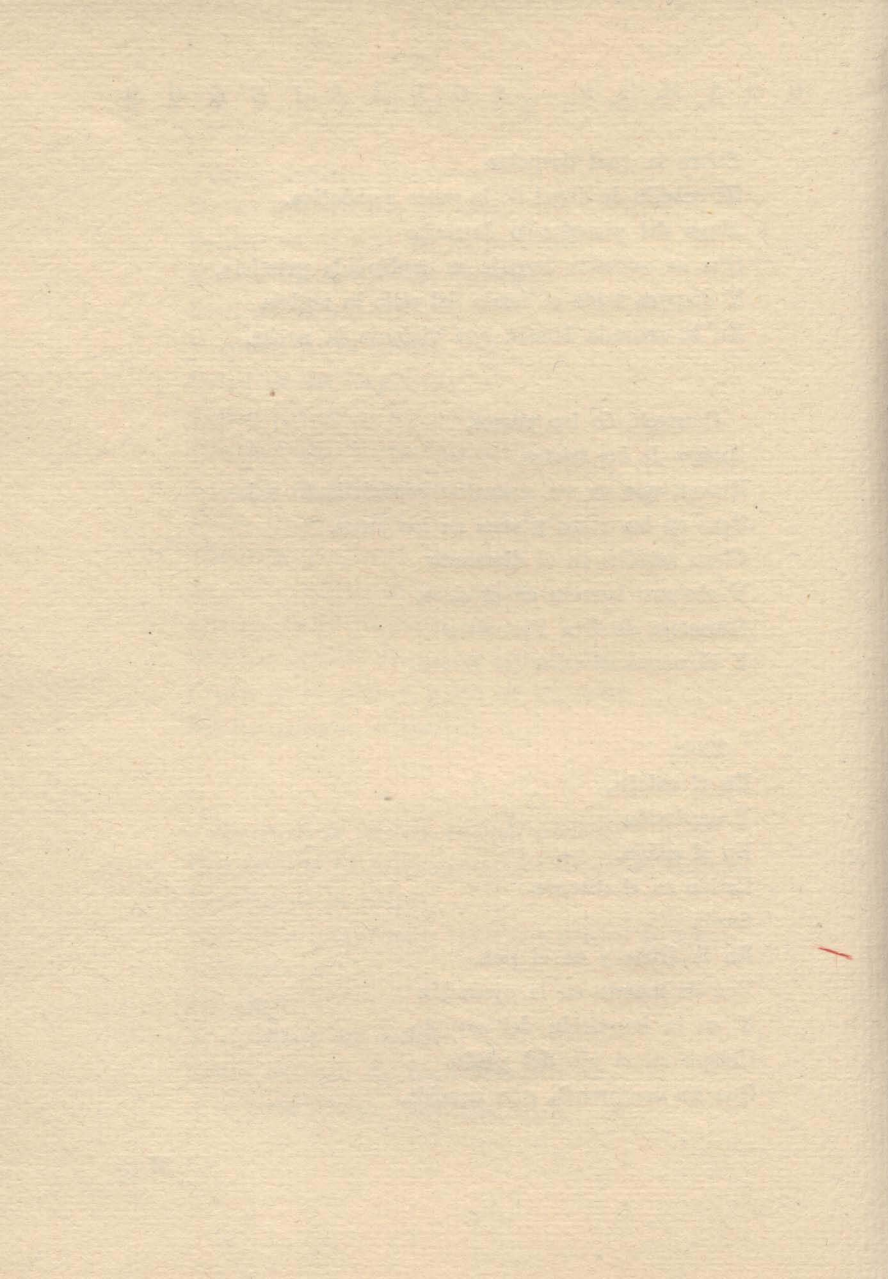
Pulmón sintético y sonoro
De los mil caballos del tren.
Candor en la piel de la porcelana;
Malicia en los ojos del tornasol;
Placidez en la tisana
Y coraje en el alcohol.
Rubor en las amapolas;
Tesoro barato de los miserables;
Brigadier de los cuarenta sables;
Artillero de las cacerolas;
Pulga en el oído de las pistolas;
Mariposa que trepa los cables
Al vuelo festival de las banderolas;
Confidente de las almas solas
Que han sufrido desgracias irreparables;
Cresta en el gallo y rueda en las colas
De los pavones admirables.

Monje de la mistela cordial, paciente y pura,
Que acendra en la fragancia del simple su trabajo.
Diablillo de la fritura,
Que chilla resquemores entre sus dientes de ajo.
Soldadote
Del gigote
Y cuchillero del tasajo.
Punto con que da fama transatlántica
A la torta sublime como una reina,

Sobre la cual despeina
El cabello de ángel de la musa romántica.
Mago del pirotécnico derroche
Que en estrellas desgaja su espléndida primicia,
Y dispara hasta el fondo del cielo la noticia
En la azorada bomba que violenta la noche.

Consuelo de los presos,
Amigo de los tristes,
Numen que en un perpetuo renacimiento existes;
Beso en las rosas y rosa en los besos.
Claro artífice en el diamante
Y obscuro herrero en el cisco.
Hermano de San Francisco
Y elemento esencial del Dante.

Titán
En el volcán,
Y explosión
En el cañón.
Latido en el corazón.
Sazón
En la fruta y en el pan.
Voz de mando en la ejecución
Y en la impulsión del capitán.
Chispa en el ojo del patán
Que no comprenda esta canción.



ESTAMPAS RURALES

LA HUERTA

ENTRE la germinante remoción de la era
Que al sol de estío engorda bajo un sopor beato,
La remolacha, en pompa de cárdeno brocato,
Su carne de sanguínea dulzura regenera.

Al superfluo espárrago y a la sobria acedera,
El perejil sencillo mezcla su adorno grato.
La col plebeya, en tufo de potaje barato,
Al par de la cebolla fosfórica, prospera.

Junto al endeble fríjol que tutela el arriate,
Sus riñones bermejos congestiona el tomate.
El haba lozanea su obesidad de oruga.

Y sobre esa geórgica placidez de hortaliza,
Donde el nácar del rábano proverbial cristaliza,
Frescuras virginales repolla la lechuga.

LA AGUADORA

POR el escote que el jubón rebaja,
Un libertino rayo el sol le flecha,
Y el seno se encabrita por la brecha
Bajo el peso frontal de la tinaja.

Sobre su comba sien flota una mecha
En que el viento mezcló briznas de paja,
Y con lánguido anhelo la trabaja
Como una preñez sorda la cosecha.

En su sabrosa complexión de hogaza,
Bajo harto henchidas nesgas de zaraza,
Interesa la pierna un tanto enjuta.

Apuntala el vigor de las muñecas
Su recio andar, y las solares pecas
Dan a su carne una sazón de fruta.

EL LABRIEGO

SUMIDO en una vaga grima de patria ajena,
Traba el viejo lombardo, con zurdos recovecos,
Sobre la presidiaria torpeza de los zuecos
Su marcha claudicante de edad y de faena.

A la fibra de su árido celibato, la avena
Vincula el frágil garbo de sus tallos entecos,
Y la austera magrura de los campos resecos
Amasa un solo bloque con su carne morena.

Bajo la hebra de humo de la pringosa pipa,
En sueño de hipotecas rurales anticipa
Con probidad astuta la renta del barbecho;

Ráfagas estivales entreabren su camisa,
Y el sudor empeñoso que evapora la brisa,
En rocío de fuerza brota sobre su pecho.

EL DOGO

REALZA el gesto de su faz bravía
Que el romo hocico frunce truculento,
Su actitud veterana de sargento
Macizo de confianza y de osadía.

Jadea combustiones de energía
La expansión presurosa de su aliento,
Y su enorme ladrido, en un acento
De leonina dignidad se amplía.

Flavo lustre su pelo tornasola;
En inquietud confidencial, la cola
Pródigas bienvenidas desparrama;

Por valerosa, su honradez proverbial;
Y de amarilla luz su ojo se inflama
En un ardor de lealtad soberbia.

EL PAVO

TURBAN su fealdad crasa y glotona
De sanguíneo canónigo, en ficciones
Bravías, sus ineptos espolones
Y su garbo de espléndida persona.

Orna el barbado buche irísea zona;
Las alas vibran bruscas inflaciones;
Y la gorguera, finos bermellones
En su lívido sebo congestiona.

La panoplia caudal oscila un poco...
Bajo la obscena flaccidez del moco,
Su ojo en maligna necesidad se abruma;

Y el celo en trance de ímpetus lascivos,
Con pequeños espasmos explosivos
Lo riza en un florón de eréctil pluma.

LA MERIENDA

MIENTRAS yace, aun hincado su diente, la garlopa,
El maestro rebaña con jovial desparpajo,
Su peltre donde brilla, broncea de berza y de ajo,
En lúnulas de oro la doméstica sopa.

La prole, empavesada de pintoresco andrajo,
En los pliegues sobrantes de su blusa se arropa,
Y con respeto atónito, en la paterna copa
Mira el único vino que merece el trabajo.

La estación laboriosa—gracias a Dios—es buena;
El pródigo maestro puede gustar su cena
Rendido a la confianza del razonable medro;

Y el rudo pan antiguo que amasa la consorte,
Elogia en la eucarística equidad de su corte,
Sus manos olorosas de honradez y de cedro.

EL BUEY

SOBRE el estanque en cuya inmóvil lastra
Esfuma su muaré la tarde quieta,
Con relieve escabroso su silueta
Afirma un recio aplomo de pilastra.

Su vasta sed, un agua violeta
Con anhelosa deglución arrastra,
Y la naturaleza, en él madrastra,
No turba su canícula incompleta.

Vuelve los ojos densos de fatiga,
Hacia el fútil juncal donde prodiga
Gárrulo borbollón la esclusa rauda;

Y con la insipidez de la costumbre,
Lo amodorra de paz la servidumbre
Que su sexo monótono defrauda.

LOS BURRITOS

LOS BURRITOS

AUNQUE esto pase por natural rutina,
Diré que los burritos de mi cuento,
Son hijos de madama Pollina
Y de maese Jumento.

Que el lector menosprecie
Mi estrictez genealógica, no me acobarda.
Tengo interés en diferenciar tal especie,
Del noble caballo y la mula bastarda.

Desde que Jesús, a guisa de hacanea,
Tomó la borrica hebrea,
Según cuenta Mateo en su historia sucinta,
Es esa una respetable ralea;

Pues como aquella bíblica abuela estaba encinta,
 Debe atribuirse a los asombros
 De un estado tan sensible,
 El signo elemental y terrible
 Que su familia lleva también en los hombros.
 Y ciertamente un blasón como aquél,
 No lo tiene el gallardo corcel.

Además, su fina cabeza
 Comporta un distinguido atributo.
 Tienen el jarrete enjuto,
 Y su pequeño pie es signo de nobleza.

Mézelase a lo zurdo de su malicia aldeana,
 Una mimosa simpatía de niño;
 Y poseen este cariño
 De la vida animal: la lana.
 En sus hirsutas frentes que nada alegra,
 Y en su cara picarescamente roma,
 Se contradice una perpetua broma
 Con un servil tormento como en la raza negra.
 Junto a la burra laboriosa y prudente
 Como una buena mujer, sus comitivas
 Toman un trotecillo de nene obediente,
 Acompañado por orejas alternativas.

Orejas como diéresis de oblicuos tildes,
 Que abren al rebuzno vocales más rudas,
 O recogen azul de cielo como agudas
 Ojivas, para aquellos cerebros humildes.
 Coronálas el tábano con candente adherencia,
 Como un ascua en la punta de un habano,
 Y saben dar palmadas como una mano,
 Y son los cubiletes de la paciencia.
 Cuando de sueño caen desgajadas,
 En su cavidad duerme el murmullo
 Como una crisálida en su capullo.
 La música y la lógica tiénenlas por almohadas.
 Solemnízanse en mitras o en faluchos;
 Y los burritos,
 Se hacen con ellas muy bonitos
 Cucuruchos.
 O entre sueños esbozan signos
 En dirección de quiméricos pescbres;
 O las derriban, malignos,
 Una hacia atrás y otra hacia delante, como liebres.

Su belfo en escolásticos hostezos ya se arruga.
 Vagamente huelen a orégano y lechuga.

Usan con pulcritud discreta,
 Cual si economizaran un modesto salario,
 Sus trajecitos de picote ordinario,
 Y sus botincitos de vaqueta.

Para preservarlos de infaustos azares,
Frecuentan cuidadosos los abrevaderos;
No los meten al barro como los terneros
Que tienen cuatro pares.
Gastan hebra por hebra
El fleco de su crin mísera y dura;
Ignoran el intrépido timbre de la herradura,
Y usan las medias viejas de la cebra.

En todos los países,
Los más apreciados son los asnillos grises.
Hay algunos rojizos como el orín;
Otros negros y crespos como el hollín;
Otros blancos, y a éstos
Los prefieren para las vacaciones;
Del trato con los niños adquieren locos gestos,
Y vuélvense sumamente bribones.
Espantan retozando a las bobas
De las ovejas;
Aborrecen a las viejas
Y roen sus escobas.
En medio de los patios hacen pis,
Y meten al azúcar sus dientes de *miss*.

Mas, con qué suave disciplina
Aceptan al flébil mellizo
Que les imponen en el chico enfermizo,
Agotando la leche de mama Pollina.

El morral brutalmente postizo,
 Qúitales su precaria golosina;
 Y conformes como una criatura sola,
 Que empieza a comprender la vida,
 Descansan con una pata encogida,
 Moviendo automáticamente la cola.

Por las claras noches, bajo la influencia
 Del plenilunio, ambulan con los gansos,
 Que pasean en crisis de lunar demencia,
 La estólida unanimidad de su opulencia.
 Así es cómo silenciosos y mansos,
 Sorprenden las citas
 De las novias aldeanas,
 O los grupos de pequeñas Juanas
 Que juegan a las mamitas.
 Estudian las fuentes secas;
 Contemplan la luna en extático estrabismo:
 Quizá esto es un vago paganismo,
 Con difusos recuerdos de Tebaidas y Mecas.
 Escuchan divertidos la copla del gaucho,
 Que en ronca guitarra llora su desvelo,
 Mientras su hociquillo de caucho
 Tantea minuciosamente el suelo,
 Con una clara
 Expresión de suaves dudas,
 Como si repasara
 Pequeñas sílabas mudas.

Fugaz instante de sosiego,
Que los muchachos trastornan muy luego.

Asústalos de pronto, imitando el relincho
De algún celoso potro en son de ataque;
O el más badulaque
Monta al más alegre, clavándole un pincho
Bajo la cola que se agita y desfloca
Como un cordón de campanilla loca:
Símil evidente
De la gozosa charla.
(Pero no hay que tirarla,
Porque puede sonar desagradablemente.)

Sobre la arena de frescura acuática,
Entre risas, palmoteos y coces,
Inician su doma absurda y acrobática
A la luz de la luna los jinetes precoces.
No queda sin desfondarse un calzón,
Ni chico que no fructifique un chichón.

El pequeño pollino,
Afronta con pasmoso coraje la zumba,
Y después de cada corcovo en que los tumba,
Sacude sus orejas como aspas de molino.

Hasta que, al cabo,
 Suéltanlo echando chispas, tras cuatro moquetes,
 Con un puñado de cohetes
 O una lata en el rabo.
 Así es como conquista
 Sus primeros principios de moral pesimista.

La frescura del amanecer agreste,
 Entra por sus narices con sutil delicia;
 Y sienten sobre el lomo la paz celeste
 Como una impersonal caricia,
 Que les da entre vagas ideas afectuosas,
 La sensación de Ser con todas las cosas.

Con los etéreos tornasoles
 Del poético rocío
 Que condensan las telarañas y las coles,
 En el huerto aun ligeramente umbrío,
 El alba tiende sus cristalinas
 Bambalinas.
 Inútil es que el olfato vibre
 Hacia aquella hortaliza de coloridas fajas;
 Pero el dulce verdor del campo libre,
 Da calidad de trébol a pencas y borrajas.

Hacia comarcas más salvajes
Cruza un ave por el cielo,
Con el espacioso vuelo
De los largos viajes.
Pasan, iniciando pequeños trotes,
Soñolientos perros de orejas gachas;
Y tras ellos van matinales muchachas,
Lóbregas aun las crenchas y lacios los escotes.

Sobre el verde paño
Del collado frontero,
Descifra un invisible sendero
El tortuoso letrero de un rebaño.
Supón que esta imagen oportuna,
Oh, lector, en la mente de los burritos flota,
Pues no es difícil que tengan alguna
Idea de la imprenta, aunque remota.

Ellos son, en efecto, la cabalgadura
En que van a la escuela del distrito
Los pequeños labriegos cuya vida es tan dura,
Que aquel viaje "obligatorio y gratuito",
Nunca se desdeña
Para llevar un queso o un casal de pavos,
Y ordinariamente dos haces de leña
Que valen diez centavos.

Aquella mísera vida paralela
 En que unos y otros abrevian su infancia,
 Les impone con su perseverancia
 Un apego de triste parentela.
 Y por esta circunstancia
 Aprenden los burritos a saber qué es la escuela.
 Ciertamente da lástima ver tanto chieco,
 Bajo el azote de las crudas brisas,
 Los unos tiritando en sus burdas camisas,
 Los otros con un rudo torzal en el hocico.

En las cristalinas auroras de escarcha
 Que el fisco impone a los tiernos palurdos,
 El ritmo tetrasílabo de la marcha
 Sugiere cantos silvestres y absurdos.

Una especie de lamento
 Sin palabras, acentúa
 Como un son de arrullo y viento:
Ca-ú-cúa, ca-ú-cúa,
Ua-úa, ca-ú-cúa...
 Plañidero rudimento
 Con que el bosque conceptúa
 Su palabra de Elemento.

La trompa en que el pequeño jinete borda,
 Quimeras entre dientes, cual sonoro pespunte,
 Con su aguja monótona y sorda
 Escande, asimismo, la copla transeunte:

Ca-ú-cúa, ca-ú-cúa

Ca-ú-cúa

Ua-úa...

Pero el repaso
 Del deber escolar, lento y agudo,
 Ha enseñado otro paso
 Al pequeño discípulo orejudo,
 Que vuelve más blando
 Su habitual meneo,
 Y aconsonantando
 Con el deletreo,
 En clásico arrobo
 Su anímula embebe:
B-a-ba, b-e-be,
B-i-bi, b-o-bo...

Luego, en algún lance inquieto
 De la gárrula pandilla,
 Se ha comido en secreto

Más de una cartilla;
 De donde resulta
 Que tiene en el caletre,
 A pesar de su facha inculta,
 Más ideas que el mulo petimetre.

En tanto el sol que los campos remoza,
 Dilatándose por la pradera,
 Enciende como una pálida hoguera
 El bálago de la choza.
 Su vibración de oro,
 Despertando montañas y pensiles,
 Parece gloriarse con un eco sonoro,
 En el dorado canto de los gallos gentiles.
 Bien pronto el humo que se desparrama
 Desde la chimenea en rizados regulares,
 Anuncia que, adentro, la doméstica llama,
 Responde a las brillantes clarinadas solares.
 Abandona la sombra el nido obscuro
 Del alero de paja,
 Y como el agua de un estanque baja
 Por el rústico muro.

Rebuznan en el prado los garañones,
 Apuntando hacia los jacos eunucos,

Sus pares de orejas como trabucos
 De dos cañones.
 Temblorosa de deseo
 Y de terror al bozal y a la cincha,
 Alguna yegua adúltera relincha
 Desde la dehesa rival su devaneo.
 Mas en ese instante cruza un birlocho
 Por el carril de arena sonora,
 Al miserable trote de un jamelgo chocho;
 Y ante tal espectáculo, la hembra avizora,
 Con sobresaltos ariscos
 Pone su libertad a buen recaudo,
 Tendiendo su galope más raudo
 Por lomas y campos, por rampas y riscos.

Tal los buenos asnillos, al trabajoso gusto
 De su sobria merienda de cardos,
 Ven el fresco mundo con sus ojos pardos
 En una suave resignación de sino injusto.

El mediodía estival
 Que exalta su magnífico fuego, sin un rumor,
 Se paraliza en el vibrante calor,
 Macizo como un bloque de cristal.
 Con fragancias favoritas,
 La loma tiende al bondadoso animal

El puñado de margaritas
 De su verde delantal.
 Pero al goloso empeño,
 Se opone con dulzura fatal
 La muelle madurez del sueño;
 Y después, hay por medio un manantial...
 Mejor es, en delectación estable,
 Evitar mojaduras y catarros,
 Viendo de lejos cómo sobre la innumerable
 Dentadura de guijarros,
 Pasa la risa del agua inquieta;
 En tanto que a través de la fronda,
 Cada pliegue de la onda
 Brilla como una aleta.
 Así gozan sin excesos
 En fantasías beatas,
 El ensueño solar que salpica los sesos
 De margaritas escarlatas.

El descanso propicio
 De las siestas foscas
 Abrumadas de calor y de moscas,
 Vuelve aún más sensato su buen juicio.
 Dilatando hasta la ranilla
 Un azogado contrapelo,
 Como reído por una cosquilla
 Tirita impacientemente su brazuelo;

Pues la circundante y zumbona taravilla
No es una alegre causa de desvelo.
Y mientras el dogo que a dormirar empieza,
Con ojo de colérica pereza
Sigue largamento una mosca al vuelo:
Juntando la desazón del bochorno
Al insecto que la exaspera,
Y al evidente trastorno
Que hay en exasperarse de cualquier manera,
Cuando, de retorno,
Solamente una nueva desazón nos espera:—
En un mismo
Argumento de ingeniosos revites,
Combinan el sorites
Del dulce optimismo;
Yendo a buscar con pausas remotas
Algún marlo en cuyo último recoveco,
Quedan dos o tres granos de maíz, como gotas
De miel en un panal seco.

Una pálida fiebre palpita en los campos;
Tuesta en oro la chacra sus futuras fanegas;
Los vidrios de la basura estallan en lampos;
Y las chisporroteantes langostas veraniegas,
Parece que se fríen de amor sobre las matas,
Al reclamo agridulce que zumban sus patas
Como los vibradores de las trompas labriegas.

Ruedan los nubarrones pintorescos,
 Balumbas de cándidos bombasíes;
 Y sobre los collados frescos,
 Pasan sus sombras turquíes
 Como pavos reales gigantescos.

He ahí una ocasión para que un lomo escuálido,
 Se revuelque a gusto sobre un mundo tan cálido.

Mientras en su trinchera de hoyos nuevos,
 La gallina, hecha una plasta,
 Se desvenceja como una canasta
 (Naturalmente, de huevos)
 Imitan ellos dulzuras tan gratas
 Echando al aire sus cuatro patas.

Perdiendo a uno y otro lado el aplomo,
 Disfrutan su gimnasia a pierna suelta.
 La gracia está en darse vuelta
 Enteramente sobre el lomo.
 Una loca alegría los colma; y entre
 El dorado polvo al rededor disperso,
 Miran en un ligero vahido el cielo inverso,
 Cual si por un instante sus patas y su vientre,
 Fueran un abierto baúl
 Lleno de bello azul.

En tanto la tarde, balada por los chotos
 Como una égloga de asonantes vagos,
 Tiende en las cañadas y los sotos
 Grandes sombras, frescas como lagos.
 Borbota el turbio borbollón de la acequia;
 En tierno verde suavízase la loma;
 Y el prado graciosamente obsequia
 Un florido aroma
 De cálidos tréboles, que el sol
 Destiló cual sublime alcohol.
 Entonces, hacia la frescura quieta
 Gimén los asnillos en bronco hiato
 Su rebuzno, a guisa de rústica retreta,
 Con bronquiales asfixias de silbato
 Y profundos sollozos de trompeta.

Avanzan luego hacia la hortaliza
 Que el perro casero guarda
 Con recelosa ojeriza,
 En apostura insolente y gallarda;
 Mas con súbito desprecio,
 En las mismas narices de aquel necio,
 Vuélvense lentamente, olfateando la vía,
 Y dejando caer con simetría
 Sus galletas de estiércol verde,
 Porque ya tienen la filosofía
 De que perro que ladra no muerde.

Pasa una hora; y con noble reposo,
Tras la baranda de oro del confín,
Abre el sol su abanico hermoso
En una despedida de mandarín.

La tarde, con rosadas cintas
De idílica pastora, conduce sus corderas;
Refrescan las alfalfas aromas indistintas;
Y el cielo se inflama en claridades postreras,
Suspenseo como un ángel tras las oscuras quintas.

Los asnillos sienten en ello un sabor
De leche cándida y de rosal en flor;
Si bien la melancólica certeza
Del deseo imposible, les da alguna tristeza.

Con despreocupación que nada asombra,
Van a rondar la caballeriza oscura,
Donde el ojo del potro, en su vivaz negrura,
Parece el cristalino núcleo de la sombra.
El forraje exhala con tentación certera,
Su perfume cereal entre orines salobres;
Y ellos van y vienen como chicos pobres
Ante una panadería de primera.

Hasta que cuando advierten, en calma taciturna,
Que la rana del Angelus ya acabó su poema,
Y en el comedor claro brilla como la yema
En el huevo, la lámpara nocturna:
Haciendo irónico derroche
De su bohemia de borricos,
Meten los hocicos
A falta de morral, en la negra noche.
Y echando al viento en líricas querellas
Los sinsabores del brezo y de la cáctea,
Van a espigar estrellas
En la Vía Láctea.
De eso les queda blanquecina
La extremidad del morro.

Y tal es el cuento,
De los hijos de madama Pollina
Y de maese Jumento.

SALUTACIÓN A ENBEITA

El Centro Laurak Bat, de la República Argentina, tomó la iniciativa de rendir un homenaje al famoso poeta vasco Pedro de Enbeita, a quien los habitantes de su región natal habían hecho objeto de una verdadera glorificación pública.

Alrededor de 30.000 personas se congregaron en la villa de Eibar en una gran manifestación de homenaje. Trenes especiales acudieron desde los siete señoríos vascos: Alava, Guipúzcoa, Navarra, Vizcaya, Lapurdi, Suberoa y Besabarre. En Bilbao se le ofreció un banquete de 3.000 cubiertos.

El Centro Laurak Bat y demás asociaciones adheridas a su iniciativa, tuvieron en cuenta la pobreza de Enbeita, su oficio de labrador y sus numerosos hijos, y resolvieron donarle, mediante suscripción, el caserío en que vive.

Para hacer más significativo el homenaje, se resolvió pedir a Lugones su colaboración poética, que éste acordó sin vacilar.

N. DEL E.

SALUTACION A ENBEITA

SALUDO al bardo libre Pedro de Enbeita el vasco,
En la raza que él canta bajo el frontal peñasco
Con que el cielo apuntala su Pirineo agreste,
Grave, arduo, inconquistable, claro, audaz, fiel, celeste
De elevación él mismo, como si, héroe y monte,
Le abriera a Euzkadi (1) el cénit por supremo horizonte;
Conforme, antes que al cebo domesticarse entecos,
Su páramo prefieren águilas y rebecos.

Lo saludo en la nieve de sus cumbres, emblema
De la pureza heroica que como el fuego quema.
En el risco que la árida llaga del liquen muerde,
Y en la frescura virgen de la soledad verde.

(1) La tierra vasca.

En las serenidades sin fondo, que a lo lejos,
 Parece que empavonan de torvo azul los tejos;
 Y en la tormenta brava que con tajante lampo,
 Azufra su hacha lívida sobre el pavor del campo.
 En el vigor genuino del roble y del alerce,
 Que ni en la viga afloja ni en la cuba se tuerce.
 En la dichosa umbría del castaño; en la gruta
 Y en la hiedra de lóbregos párpados que la enluta,
 Cobijando el misterio de la montaña inmensa.
 Y en el azul ambiente con que el abeto inciensa.

Lo saludo en la acerba virtud de la genciana.
 En la suavidad de la clemátide temprana.
 En el forzado cáñamo del obenque y la sirga,
 Y en la gleba entrañable que el arado desvirga.

Lo saludo en la clara facilidad del agua
 Y en el jadeante fuego que atarea la fragua.
 Lo saludo en la bulla pueril del manantial
 Que trisca con su gárrulo cascabel de cristal.
 En el torrente que su vidrio grueso destriza.
 En la fontana que íntima calla y se profundiza.
 En el mar de Vizcaya, que ora se desenfrena
 Con la negrura oleosa de la antigua ballena
 Perseguida hasta Islandia por el recio arponero
 De la boina calada y el bracerál de cuero;

Ora mece, peinándola a la luz de la luna,
 Sobre su piel de plata la sirena euskalduna.
 En la copla marina que dió ritmo a la cabria,
 Templando la maroma de la urca de Cantabria
 Y el espinel de altura que atesó el bacalao.
 En la sorda quejumbre que zumba el birimbao.
 En la cuerda que afija la voz del *koblakari*. (1)
 En el loco pandero que tunde el *charivari*. (2)
 En el soplo del rústico albogue que arrebató
 Con frenesí ardoroso la bien danzada *espata*. (3)
 En la feliz zampoña que improvisa el zoreico,
 Y bajo la pineda finge al oriol y al pico.
 En el rebaño, dócil al pastoril cencerro,
 Y en el valiente júbilo de buen pastor, del perro.

Lo saludo en el oso, que astutamente hurraño,
 Ablanda su peluda descalcez de ermitaño.
 En el lobo, sorbido por su aullante oquedad.
 En el águila obscura como la tempestad.
 En el jabalí ríspido que casea la bellota
 Bravía. En la instantánea gamuza que rebota
 Con brinco abismal, como si restara en la cuesta
 Su encorada pelota la formidable cesta.
 En la azorada gracia del corzo y de la ardilla.

(1) Poeta popular.

(2) Cencerrada nupcial.

(3) Danza nacional de los vascos.

En el pitón del ciervo, que enasta la cuchilla,
 Y enarbola, estampándola sobre el azul del cielo,
 La candente soberbia del almizclado celo.
 Y en la cabra montesa, que ante el tajo inaudito,
 Plantada con rugosa brusquedad de granito,
 Donde el insostenible ventisquero se licua,
 Precipitando en vértigo su insensatez oblicua—
 Barbada por la aurora con un mechón de sol,
 Arriesga el salto vasco desde el natal peñol.

Lo saludo en la fuerza coordinada del buey.
 Lo saludo en el áspero hierro de buena ley
 Que el mozo de Guipúzcoa forja y tira en la barra.
 Y en el porfiado brío del mulo de Navarra.
 En la cantante hidráulica que acompasa el rodezno,
 Y en el tenaz aguante del pértigo de fresno.

Lo saludo en la industria seria y fina, que es gloria
 De la armería en Eibar, del telar en Vitoria,
 Ya incruste la pistola, ya trame el leve tul.
 (De terciopelo de Alava me haré una boina azul).

Lo saludo en la limpia firmeza del camino.
 En la hidalguía rústica del garzón campesino,
 Que del jarrete elástico al entrecejo escueto,

Descuella con la esbelta pujanza del abeto.
 En la beldad que impone la moza fresca y dura,
 De la alpargata cándida y la airosa cintura.
 En la espumante sidra que el regocijo exalta,
 Y en la cordial nobleza del rancio de Peralta.

Lo saludo en la gloria del himno que alto y puro,
 Cantando a Roncesvalles con el cuerno del uro,
 Saca por las espaldas de la invasión dispersa,
 La cuenta de Altabíscar, trágicamente inversa.
 En la prez sin jactancia del corazón entero.
 En el rencor durable del varón verdadero,
 Que soliviando el hígado, desde la roja faja
 Vívida lengua erige flameando en la navaja.
 Y en el silencio de águila del dolor arrogante
 Que a la virtud de Ignacio dió talla de diamante.

Lo saludo en el orbe de Sebastián Elcano,
 Y en el blasón antiguo que juntó, soberano,
 Como las dos del nuestro, las tres manos de Arriaga.
 Lo saludo en el bravo pincel de Zuloaga,
 Que hasta la entraña hundiéndose de punta y de revés,
 Acuchilla la vida cual si fuese una res.
 Lo saludo en la fama de Iparraguirre el Grande,
 Que un día, ennoblecido de Pirineo y de Ande,

Cantó con voz que el alma de dos patrias encierra,
En la guitarra gaucha su loa donostierra.

Lo saludo en la aurora que entreabre su granada,
Y en el día que parte su toronja dorada.
Lo saludo en la tarde gemida por los píos,
Que reina como un ángel en los montes sombríos.
Lo saludo en la noche, que cernida de estrellas,
Junta en la misma Vía de esplendor nuestras huellas.
En su idioma de hierro, dulcemente sonoro,
Como el batido yunque canta con timbre de oro.
En el mirlo, su *chistu* (1) y en la alondra, su flauta.
En su verso sin letras y en su canción sin pauta.

Lo saludo en la Patria que toda gloria explica.
Lo saludo en el vástago del Arbol de Guernica.
Lo saludo en el Fuero de la honra y la equidad.

Pedro de Enbeita el vasco, *Viva la libertad!*

(1) Silbato montañés.

LA MUERTE DEL MANANTIAL

CUANDO el ojo de agua que al pueblo daba nombre,
Se agotó para siempre, el vecindario
Le hizo el debido comentario
Como si se tratara de la muerte de un hombre.
Pues, con explicable pertinacia,
Aun cuando era seguro que iba a suceder,
Según ocurre en toda desgracia,
Nadie lo había querido creer.

Poco a poco dejó de correr
Y fué reduciéndose a una pobre escudilla,
Donde por la tarde, entre la gramilla,
Perdía la estrella un alfiler.
Enturbiado por la merma,
Tomó aquella ceguera de la mula
Que en petrificación de ópalo azula
El desaliento de la bestia enferma,

Un trago lo secaba durante largas horas...
Hasta que, al fin, llenó el último jarro,
Y se sumió en su tumba de barro,
Como chupado por las totoras.

Entonces habló la gente
De echar nutrias en el matorral
Para que reanimaran la vertiente;
Porque si cava Vd. un manantial,
Lo seca definitivamente.
Mas, por último, a nada se llegó
Y el agua nunca ya remaneció.

Pero habíanla tantas veces trocado en lodo
Las secas y los pisoteos
De manadas y rodeos,
Que aun no se perdía la esperanza del todo.
Cada verano recibía
La visita de una solitaria cigüeña
Que el pueblo entero conocía;
Y como desde el penúltimo no venía,
Más de un viejo lo dió por mala seña.
Cuando se supo, luego,
Que un gringo cazador que le hizo fuego,
Ahuyentóla, quizá herida de muerte,
Fácil fué hallar en eso causa a la mala suerte.

Y sólo quedó en la hoya del manantial perdido,
Una pálida llaga de salitre embebido.

Todos acudimos a ver aquello,
Y callados mirábamos la humedad negra y ancha
Que parecía la mancha
De un reciente degüello.
Habíanle echado encima
Por precaución, una espinosa rama,
Bajo la cual pudríase en ampollas de lama
Con una realidad que daba grima.
En la traslúcida limpidez
De la noche que iba entrando,
Anticipaba de cuando en cuando
Una luciérnaga la lobreguez.
El barro parecía más blando,
Como si fuese carne viva;
Y la última rana seguía tecleando
Su imitación de gota alternativa.
Perfumaba con fuerza el hinojo.
Inmensamente acostadas,
Dormíanse las tierras de rastrojo.
Y con súbito arrojó,
Conmovían las sombras ya cerradas,
Un ladrido lejano y un bello fogón rojo
Que parecía ladrar a llamaradas.

Acercábase todavía,
Con obstinado yerro,
Alguna vaca tardía,
Que hostigada por nuestro perro,
Tarascaba algún berro
Para engañar la sed,
Y se volvía con lenta docilidad,
Derribando, al pasar, la obscuridad
Como un pedazo de pared.

Cuando llegó la fiesta de la Patrona,
Por la vertiente ciega su novena rezamos,
Y hasta le echaron palmas el Domingo de Ramos,
Como donde se ahoga una persona.
Pero no conseguimos la ansiada intercesión,
Aunque dijeron que, a la semana,
Brotó allá mismo, con piedad cristiana,
Una enredadera de Flor de la Pasión.

Un día dejó de cantar la rana
Y se abatió reseco el totoral.
Y así fué la historia aldeana
De la muerte del manantial.

MEDIODIA

LA sombra, al pie del muro que el solazo calcina,
Se amorata con honda claridad de piscina.

Y en ella, como en una pizarra dibujado,
Guiña el dogo amarillo, que dormita estirado,
Con benigna pereza su pestaño miope.
Arrulla la paloma cariñosa, en el tope
Del caballete, hinchando su pecho de mujer.
Mas la ronca dulzura de su voz es tan suave,
Que sobre la campaña de serenidad grave,
El remoto silencio se eterniza en un ser.

Cordialmente ofrecida desde el portal resuelto,
La casa se embandera con un álamo esbelto.
En el alero peinan mechadas de sol las pajas;
Y ya los pensamientos de la próxima siesta
Reposan como el agua sorda de las tinajas.

Es la hora doméstica de la sopa dispuesta
Y del pan amigable. Reina una fresca dicha
Que exhalan, en relente de limpieza cordial,
La servilleta cándida y el fresco delantal.
En la despensa cuelga la lívida salchicha,
Visible desde el vano medianil de la puerta
Que por fatal descuido dejaron entreabierta,
Angustiando el descanso final de la señora.
Da el péndulo casero con lento son la hora.
Y el día va creciendo sin desazón alguna,
Mecido por el péndulo como el niño en la cuna.

El comedor blanqueado, que a media luz se vela,
Como un sombrío témpano parece que congela
La nítida garrafa y el mantel sin un pliegue.
La vislumbre es tan pura, que se azula el jalbegue.
En el florero alegran con gracias primiciales
Ingenuas clavelinas y alelíes joviales.
Y en el porrón atarda, con vejez solariega,
Una acritud de sidra la mohosa bodega.

Acelera, al reseoldo solar que el patio inflama,
Su minucioso paso de perdiz la mucama,
Que a la usanza graciosa que ennoblece el afán,
Alza el cesto de brevas con clásico ademán.
En el álamo agudo la brisa cuchichea,
Cortada en apagados soplos de chimenea.

Apunta el mediodía justo, la recta copa.
 La sombra, al pie del árbol, cae como una ropa.
 Y la chisporroteante cigarra que el sol tuesta,
 Prende como un yesquero la hoguera de la siesta.

Dentro, el patrón despacha, por último, al labriego
 Que esa mañana vino por una firma a ruego.
 La cuñada soltera nos da conversación,
 Pues ella es quien se lee completa "La Nación";
 Disculpando a la hermana, cuya ausencia, al contrario,
 Nos anuncia el urgente pollo suplementario.
 Y como es ya el momento de sentarse a la mesa,
 Llega el niño peinado y entran la mayonesa.

Hay un breve acomodo de sillas. Choca un plato.
 Y mientras nos cedemos el paso conveniente,
 Precediendo a la dueña de casa, suavemente,
 Con su cola empenacha la urbanidad el gato.

EL ALMUERZO

ANTE la mesa puesta con aseado renuevo
De alemanisco y loza, la apacible familia,
Unida y cabal como un huevo,
Su hospitalidad concilia
A la cortedad encantadora
Con que me dice la señora:
—*Va a comer usted de vigilia...*
Mientras yo disculpo mi llegada a deshora.

Por la puerta que entornan a la ardentía externa,
Un rayo de luz oblicua
Parece que se licua
En profundidad de cisterna.
Mecida al aire, espéjase en la jarra
Una guía de parra
Que entra y sale junto al dintel.

Y al temblor de esa claridad verde,
El rayo de luz gana y pierde
Una onza de oro en el mantel.

Bajo el alero van, de cuando en cuando,
Las urentes avispas
—Que la rima y el sol truecan en chispas—
Al árido avispero regresando.

Por la rendija se vé el horizonte
Tras una ceja de monte
Que en telescópica visión se destaca.
Y sobre la desierta amplitud,
Exhala el campo su quietud
En un ancho aliento de vaca.

Tuerce un tártaro ligero
El trago de vino casero
Con que, a la antigua usanza montañesa,
Bautizamos la mesa.
Para que mejor su ternura guarde,
Cortan recién el pan de anteayer tarde,
Que sobre el mantel nítido como una escarcha gris,
Parece que más cálida abizeocha,
Su epidermis de morocha
Salpicada por pecas de anís.

Justo es que entre uno y otro plato de respeto,
 Formen el pan y el queso, en bocado completo,
 Lo que el dueño de casa con rústico estribillo,
 Llama "la yunta del zaino y el tordillo".
 Por eso su cuchillo, aunque harto avaro,
 Taja con abundancia
 La rugosidad rancia
 Que hinchan de botoncitos los escapes del aro.

Los mayores de mesa son tres: la consorte
 Muy lozana todavía,
 El patrón, un viejo sordo de apoplejía,
 Y una cuñada de bastante buen porte.
 Come el niño a su lado; y está en la otra mitad,
 Puesto siempre el cubierto de la hospitalidad.

En su pálida aureola,
 Pasa la mayonesa, que al contorno,
 Riza como una gola
 De juvenil adorno,
 El crespó nácar de la escarola.
 Y al buen vaso de vino que merece,
 En el trago profundo
 Con que empinamos el cristal, parece
 Que como un trompo inverso se nos da vuelta el mundo.

Con su sonrisa vacilante de sordo,
 El dueño de casa pregusta el caldo gordo.
 Y para que la esposa no se atrase,
 En un ademán que a hurtadillas compensa,
 Mantiene la cuchara suspensa
 A la altura del labio, para un final de frase:

—*La elección de Cárcano, dice, fué reñida;*
Pero la oposición se hallaba dividida...
 —*Aunque aquí la ganamos canónica,*
 Concluye la patrona, que es gravemente irónica
 En su nudoso porte de cabra distinguida.

Como él nada oye, aunque barrunta
 Lo necio de intentar cualquier pregunta,
 Pide un poco de ají por aderezo;
 Y con gesto convincente,
 Insta, ceceando confidencialmente:
 —*Sirvacé, pues, de quezo...*

La cuñada, aunque un tanto jamona,
 Interesa con su aseada persona
 Y su circunspecta moderación
 De doncella positiva,
 Que estira, al sentarse, la falda esquivada,

Y baja los ojos con matrimonial prevención.
 Por decoroso disimulo,
 Nuestra mirada elude, alisando un rulo
 Al niño callado
 Que come a su lado;
 Y que según dice más de un vecino,
 Se le parece demasiado
 Para ser su sobrino...

En eso, celebrando la visita,
 Entra, en su arroz bermejo, la gallina importante,
 Que impone el silencio de su triunfo, un instante,
 Bajo el ardiente aroma de la cebolla frita.
 Mandan llenar de nuevo la garrafa;
 Y comentando nuestro delectable recato,
 Al pie de la mesa el gato,
 Pide con melindroso maullido su piltrafa.

Con chillido de crisol
 En que trinan gulas supremas,
 La tortilla de doce yemas
 Resplandece como un girasol.
 Y al rehusar, arriesgando un resentimiento
 Que salvamos al momento
 Con amistoso reproche
 Por todo aquel derroche

Que el nuevo manjar corona
 Con su ya inaceptable esplendor...

—Pero

*Si no teníamos más que asado y puchero,
 Y esa triste gallina... — suspira la patrona.*

El mosto que su franca cordialidad nos vierte,
 Quizá tenga para esta cosecha mejor suerte,
 Nos dicen, excusando su gusto un poco acedo.
 Desde la puerta que abren, se vé, ahora, el viñedo;
 Pues ya la sombra va segando, aunque es
 La hora de más calor, entre las dos y tres.
 Palidece la tierra. Huele el campo dormido
 A retama quemada, como un horno barrido.
 El silencio dilata su ámbito de barril.
 Y una langosta chilla, tan sutil,
 Que parece metida en el oído.

En la dulcera que centellea
 Su cristalino lucimiento,
 Ofrecen la paciente jalea
 Que a oro de fuego lento,
 Acendra en larga delicia la tarea.
 La otra del par, en congelación remota,
 Cristaliza los blondos cascos de la cayota.
 Y en el anaquel del testero,

Ofrecen las primicias de la estación,
 Una fuente de higos y un melón,
 Junto a un manajo de espuelas de caballero.

Mas, ya el cigarrillo cordial,
 Abre al soporoso desvelo
 Su poquito de cielo
 Quimérico y personal.
 Todavía debemos alabar en el deajo
 Del anisado añejo,
 Al noble moscatel cuyo sabor
 Saca al paladar, ya un tanto perplejo,
 Un lirismo de ruiseñor.

A la exaltación del vívido zumo,
 Sus espuelas azules clava el duende del humo.
 Y cuando nos advierten que está puesta
 La cama de la siesta,
 Nos susurra a la oreja, ya un tanto abotagada,
 Que no sería malo dormir con la cuñada.

Lento soplo los castos pámpanos desaliña...
 Y en revelado logro de turgencia madura,
 Amaratando ojeras de lóbrega dulzura,
 Maridada a su poste se abandona la viña.

LA SOBREMESA

EN la lenta conversación
Que perfuma a usanza serrana

La digestiva tisana

De los nueve yuyos, que son

Poleo, tomillo y verbena,

Torongil, suico y yerbabuena,

Bergamota, paico y cedrón

(Puestos de tres en tres, según prescripción,

Para que obren con virtud plena)

Atrae nuestra atención

El paisaje que, estrafalario,

Meece en la cortina de estera,

Al trasluz del sol incendiario,

Un oasis con su palmera

Y un beduino en su dromedario.

Vendrá, sin duda, tras él,
La caravana lenta y fiel,
En un desmenuzamiento
De arena y de pensamiento,
Que evocamos con pertinente esbozo,
A la hora en que la moza bien plantada
Que regresa del pozo,
Cubre su sombra con su pisada.
Es la hora en que a los *hadjis* el camellero da
La voz de alto en nombre de Alá.
Parece que en la unánime sumisión de rodillas
Y de jarretes en cuclillas,
Con inmemorial fatalismo
El desierto se aplana sobre sí mismo.
Derrama el dromedario la llanura infinita
En la bolsa de arena de su joroba,
Mientras rumiando un cardo metafísico, arroba
Su misticismo islamita.
Y es tal aquella sugestión remota,
Que a pesar de lo que se conversa,
El ámbito, en su claroscuro, flota
Interesante como una barca persa.
(Que ha de ser, claro está, la de Simbad
En un nuevo regreso a Bagdad).

Corre un poyo de adobe al pie del muro
Principal, donde hallarón, de seguro,

Las botijas de onzas, que entre estrado y pared
 Enterraría el bisabuelo godo,
 Cuando la Patria allanó su mereced,
 (Para que puedan vivir de ese modo,
 Sin profesión ni renta — sabe Vd.?)

Así habrán podido conservar
 Además del buen pasar,
 La plata labrada de la hijuela,
 Que en la alacena del rincón cincela
 Un sombrío lujo de altar.

Rayan vivos colores
 De alfombra campesina la azulada penumbra,
 En cuya dejadez se apesadumbra
 Una gran fatiga de flores.
 Sobre aquel tapiz de jerga listada,
 Al estrado hace cabecera
 Doble cojín de felpa morada,
 Donde, suntuosamente recostada,
 La pálida guitarra, diríase que espera,
 Vibrante y arqueada
 Como una bayadera.
 Y en su éxtasis sutil,
 La melodía que entre sueños murmura,
 Duerme como una golondrina insegura
 Un sueño de nácar, ébano y marfil.

Hay al frente un espejo
Cuyo óvalo abruman cataratas de viejo,
Y en cuya mala luz
Se mira una panoplia polvorienta,
Con dos estoques de cazoleta, en cruz,
El cuchillo montés, la cornamenta
De ciervo, y un arcabuz.

Nuestro anfitrión es un maduro hidalgo
Que por raza y consonante,
Ostenta en su talante
Algo
De galgo
Y de caballero andante.
Rubio como el centeno
Que lleva, quizá, de apellido,
Es buen cristiano, irónico, haragán y cumplido.
Y la vida y la muerte, lo malo y lo bueno,
Pasan con pesimismo sereno
Por su ojo descolorido.

Retrato del antepasado,
Que mirando de través
Bajo el garboso calañés,
Y en la oblicua capa embozado
De la barbilla a los pies,

Desde el lienzo quebrado
 Donde la mano cortés
 Que en su espadín ha posado,
 Con gentileza volcado
 Calza el guante de baldés;
 Domina sobre el estrado,
 Aunque ya casi traspasado
 Hasta la hilacha del revés,
 Solemne, obscuro y delgado
 Como un ciprés...
 ... Retrato del antepasado,
 Inspira análogo interés
 De óleo casi despintado.
 Y cargándose de años siempre iguales,
 Su existencia metódica, en un ser,
 Pasa entre la piedad y el deber
 Como un reloj entre sus dos cristales.

Así la vejez plácida que llega a sus umbrales
 En jornada de huésped al declinar el día,
 Va llenándolo de una dulce sabiduría,
 Al paso que su materia se aligera,
 Como el panal de otoño colma de miel su cera.

Con amable porfía,
 Mientras recuerda al Dr. García

(“Don Rafael, que fué mi abogado y paisano”)
 Sostiene que se dice decano y no decano;
 Y su purismo indulgente
 Que me ampara con aplomo,
 Acude al comfortable tomo
 Del diccionario competente.

En indagación despaciosa
 De notario que corre un pliego,
 Su mano suave y olorosa
 Como un jabón de espliego,
 Va apuntando con índice asertivo:
Decámetro, decampar, decanato,
Decania... —(suspensa un rato
 Ante ese otro vocablo intempestivo).
 Y calca en el papel los mismos dedos
 De aquella que en el cuadro vanamente atestigua
 Sobre el acero, una arrogancia antigua
 De Segovias y de Toledos.

Mientras consulta, reanudo con la señora
 Repantigada en su mecedora
 De vetusta caoba inglesa,
 El tema inicial de la sobremesa;

Que ella, ejerciendo ahora
 Su persuasiva autoridad, explica,
 Dando, con sus tisanas, por muerta la botica:

“Como el viento cumbreño me aborrece”,
 “La última vez que me ocasionó el aire”,
 “Pude, apenas, salvar, qué le parece”,
 “Gracias a la infusión de topasaire”,
 “Que se prepara, aunque parezca absurdo”,
 “Con agua santiguada”
 “Al largar el hervor (cosa probada)”
 “Por tres signos de cruz que le haga un zurdo”.
 “Vd. no lo podrá creer”,
 “Pero es mejor vivir que comprender”.

“Los tres signos serán—digo yo—en nombre”
 “De la Santísima Trinidad, por supuesto”.
 Y satisfecha de que no me asombre,
 Ella, acentuando el bondadoso gesto
 Y el comedido tono,
 Afirma: “Bien se ve, señor Lugones”;
 “Y lo demás, ha de ser porque el trono”
 De la Trinidad está en los corazones”.

Tras la cortina donde ya ladea
La resolana, el hálito en que arde,
Cuela un flúido susurro por la enea.
Exalta el cardenal lírico alarde
Al frescor de amorosas enramadas,
Y la perdiz anuncia que la tarde
Comienza ya a azularse en las cañadas.

ESTAMPAS PORTEÑAS

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

ESTAMPAS PORTEÑAS

EL cielo, como una honda cuba de añil salobre,
Exalta en electrólisis de sulfato de cobre,
La grande estrella verde del Ocaso de estío.

Al fondo, la modorra leonina del río,
Destrenza la guedeja de hollín de un barco en lastre,
Que a media ración de hulla, con nostálgico arrastre,
Arrumba hacia la mole de la ciudad, que en lo alto,
Dentella una cornisa de lóbrego basalto,
Fundido con la sombra volcánica que avanza
Bajo un febril ronquido de afán y de pujanza,
Como rodada en tráfago de pavoroso hierro.

Aúlla con premiosa desolación de perro,
Una postrer sirena de lancha que remolca.

En la escollera, el flujo chapotea su polca
Con líquidas palmadas de aleta de delfín,
(Cetáceo filarmónico y que entiende el latín,
Según Plinio). A lo lejos, chispeando en la ceniza
Que el crepúsculo sobre las aguas pulveriza,
—Simétricas luciérnagas—parpadean las boyas.
Para dar a la noche correspondientes joyas,
Entreabren sus estuches el Centauro y Orión.
Y de pronto se advierte, no sin cierta emoción,
Que detrás de Palermo, la tarde blanca y yerta,
Cae en el horizonte como una garza muerta.

Duplicados en sombra por cada reverbero,
Nuestro ser dislocado juega al titiritero
Con la mancha de mono, que tangente a la vía,
Fija y despega a un tiempo su audaz calcomanía,
En la cual, proyectados con sencillez que pasma,
Llevamos por pareja nuestro propio fantasma.

Ya las barcas prendieron sus lúgubres farolas
Que en el canal parecen verter a cacerolas
Su deyección dorada, donde al través rutila
La dársena que escurre su lividez de anguila,
Prometiéndole frituras de sabor inaudito
Al anzuelo ultraísta de Simón el Bobito.
Pues así, con un poco de lampo y de agua negra,

Se fabrica un dorado que vista y gusto alegra;
 Como con un guiñapo de luna en el obenque,
 Maña y rima mediante, se amojama un arenque.
 Todavía una lancha que aguanta el calabrote,
 Bajo un asma de nafta se estrangula al garrote;
 Mientras, boyante al rayo de su linterna, viene
 Un lamparón de lóbrego nácar de kerosene,
 Que en la última lavaza de luz crepuscular
 Pudre una gelatina de ópalo verdemar.

Con dilución de lánguido hidromel, en la misma
 Goma de aguada, el cielo del Poniente se abisma,
 Jaqueado por un rascacielos cuyo ancho bloque,
 Sobre el tablero urbano da mate con el roque,
 Y le chanta al seráfico lucero su adefesio,
 Prendiéndose una pipa con su ascua de magnesio.
 Claro es que, carburando sus 60 HP,
 El "auto" del gerente, puntual aguarda al pie,
 Para la sedativa carrera hasta el magnífico
 Chalet que en Pampa o Crámer engendró el frigorífico.
 (Qué gloria ser del mismo barrio del Presidente
 —Un Alvear auténtico—¿verdad, señor gerente?)

Por la serena calle, cantadas al piano,
 Tupen su madreSelva las quintas de Belgrano
 En suavidad fragante de mantón de espumilla,

Que recuerda con gracia señoril y sencilla,
Aquel romanticismo que en la gentil vihuela,
Con música de Esnaola cantaba *La Diamela*.
Y la flor de la "bella porteña" de la letra,
Y el nardo apasionado cuyo palor impetra
El favor de la dulce muerte que es de rigor,
Tienden tan ancha sábana de aroma embriagador,
Que hasta el recio tranvía que nos consigna al centro,
Conserva ese perfume por algún tiempo adentro.

Mas ya, cernida en tiza de Vía Láctea, puebla
Su pizarrón, con otras figuras la tiniebla.

Esquiva su pingajo barbudo el atorrante
Al párpado entornado de la luna menguante
Que alcanza ya los negros gomeros del Retiro,
Donde los pobres novios a dieta de suspiro,
Ante el guardián reumático, castamente acercados,
Combinan desenlaces de amores contrariados,
Que la cercana Torre de los Ingleses llora
Con nostalgias de Westminster, cuatro veces por hora.
Cuando he aquí que ilumina su lápiz de colores,
El alto avión que a un tiempo miran la Boca y Flores,
Y que cotiza el cielo mercante con su luz,
"Lanzando" un nuevo tónico desde el Cisne a la Cruz.

De par en par abierta, la taberna incentiva
 Pega en la sombra el parche de su luz agresiva,
 Donde, en su aro de lata que blasona el local,
 (Verde como el ajeno, según es natural)
 Se balancea un loro calavera y compadre,
 Que silba la milonga e insulta con la madre.
 Adentro, en barredura brutal, la noche muestra
 A retazos de chusma su basura siniestra,
 Que en la membrana de humo, revuelve ensangrentada,
 Dos o tres cuajarones de boina colorada,
 Y destella, sahumado de aguardiente y tabaco,
 El altar de botellas que rejura *per Baco*.

En Callao y Corrientes, la noche ultramoderna
 Que entre muslo y sandalia luce toda la pierna,
 Y emancipa una andrógina melena a la gomina—
 Como una dactilógrafa que su copia termina,
 Pica la última estrella sobre su hoja carbónica.
 Insolenta en sus labios de ambigüedad sardónica
 El dominante *rouge* del letrado escarlata
 Que con guiño funámbulo su pregón desfachata;
 Y en el azul catódico que escala el otro muro,
 Se saca ojeras trágicas de pasquín al cianuro.

Buscando una terraza cuyo frescor domine
 Turba y bochorno, tras la "Sección Vermouth" del cine,

Al resquemor del *cocktail* cristalizado en hielo,
Se prepara a engullirse río, ciudad y cielo.
A fin de que su cena no le entristezcan mucho
Los lamentos del tango degollado a serrucho,
Alternándole estrépitos de zambra cachafaz,
Salta el corecho del brindis en estornudo *jazz*.

Sobre el río sonámbulo tiende su servilleta
Remendada de luna, frente a la Recoleta,
En cuyo estanque, al fresco bostezo de la gruta,
Las ranas cristalinas teclean su minuta.
Riela después el vívido cuchillo de algún rayo
De proyector, que trinchó la Avenida de Mayo,
Donde la consabida torre de morondanga,
Alza el budín con luces de la boda guaranga.
Su mirada, esquinándose tras la pestaña erguida,
En éxtasis de *rimmel*, soslaya por Florida.
Entre sus lentas uñas, rosadas con exceso,
Desmorona la alcorza del pastel del Congreso;
En la chupada cúpula se sirve una aceituna,
Y cala una tajada de melón en la luna.

EL POZO

COMO una telaraña abandonada
Al soplo misterioso de lo eterno,
La noche va borrándose, soslayada
En la oblicua pisada
Del perro cabizbajo, que a paso alterno,
Se aleja con ella por la cañada.

Con noble pesadumbre
El lucero se apaga en pepita de oro.
Triza la calandria en brindis canoro
El tenue cristal de la vislumbre.
Y desde las cicutas más acerbadas,
Hasta la piadosa malva,
Se santifica en la paz del alba
La trémula adoración de las hierbas.

Sobre el roto lago de la bruma temprana,
Desprende su lóbrego tímpano azul el cerro.
Y en el frescor de chocho tierno de la mañana,
Rompe a cantar la roldana
Como un valiente violín de hierro.

El brocal, con musgosa humedad de maceta,
Da pedestal al busto de una muchacha,
Que empeñosa y fortacha,
Llena, balde tras balde, la pileta,
Donde al enfático jadeo
Del ganso que abanica su alborozo,
Es de rigor el matinal aseo
"Con agua recién tirada del pozo".
Y aquella adolescencia clara,
Parece que empinándose en la tensión, lanzara
Al sol saliente el cántico del esfuerzo y del gozo.

Un ademán de antigua nobleza alza a los cielos
Sus brazos que, pujándose, en el afán gemelos,
Redondean con ternura graciosa
Los codos de membrillo rosa
Sonreídos de hoyuelos.
(El membrillo pintón
Que asoma por el seto de la quinta cercana,
Arropado en su vello como un pichón).

En la boca entreabierto a cada tirón,
 Dijérase que grana
 Aquel choclo tierno que dió parangón
 A la frescura de la mañana.
 Pinta en seno y mejillas la manzana
 De la ocasión...
 Y en la cintura cenceña,
 Y en la mecha que le desgreña
 El vientecillo retozón,
 Cimbra su gracia trigueña
 La esbeltez de una espiga en sazón.

En su perfil que excava la órbita enjuta,
 Muerde el sol un bocado de fruta.
 Y el vigor que en sus firmes caderas trabaja,
 Parece que a la vez mórbido y macizo,
 Tornea el ascendente barro de la tinaja.

Ante el cubo escurridizo,
 Los gansos en mangas de camisa,
 Le bufan con atolondrada prisa
 Su sibilante romadizo.
 Y la calandria que se improvisa
 Fugaz columpio con la misma piola,

Retardada al roce del brocal que la frisa,
Teclea con la cola,
Muriéndose de risa.

Desde el cabezal que es su andamio
De diligente albañil,
Le echa el hornero su gentil
Epitalamio.
Y del mismo lodazal
Que encharca el pie del brocal,
Alzando el bravío zumbo,
Tienden al sol las abejas,
En bisectrices parejas
Las rectas cuerdas del rumbo.

A la vez presurosas y atrasadas,
En su capricho coqueto,
Aunque es lunes, pasan de asueto
Las mariposas desaplicadas;
Estampano y despegando,
Al vagabundeo blando
De la leve fantasía,
En la ventana
De la mañana
Su alada calcomanía.

La tierra que empapada de aurora resplandece,
Un sonrojo de carne morena disfuma.
Y en el dorado trebolar parece
Que es sol en flor lo que perfuma.

Dilata el viento lánguidos suspiros...
Sobre las hierbas palpitantes,
Tiembla la luz con todos sus diamantes
Y la sombra con todos sus zafiros.
Levántase la fuerza del campo en el toro.
Sobre una hebra de paja humilde y ruda,
Se gloria la belleza desnuda
En una sola gota de oro.
Templan los gallos sus clarines;
Y de gallinero a gallinero,
A un tiempo heraldos y paladines,
Incrépanse alto y claro como héroes de Homero.

EL HOMBRE - ORQUESTA Y EL TURCO

A PARECIÓ en la plaza de la villa una siesta,
Magnífico y grotesco,

Chispeante en síntesis piramidal su orquesta
Bajo las campanillas del sombrero chinesco.
Tocaba un viejo clarinete
Con escapes en falsete,
Mas también relumbrante de llaves argentinas
Que libertaban alegres *marianinas*.
Al mover, ya se sabe de qué ingenioso modo,
Con el pie los platillos y el bombo con el codo,
Relampagueaba el bronce su chafado estridor,
Y la caja rielaba con trémulo fulgor
Entre abolladas cáscaras de lata y de barniz.
Y yo nunca he tenido sorpresa más feliz.

Todos los chicos le formamos corro
 En deleite casi beato;
 Y tanto relumbraba su centelleante gorro,
 Que sólo al cabo de un rato,
 Pudimos distinguir su barba bermeja,
 Sus ojos verdes y un rulo
 Que le caía al disimulo
 Sobre la rebanada oreja.

A su lado, un hombre moreno,
 De manos tatuadas y rostro agareno,
 Descolgaba del hombro
 Una vitrina no menos digna de asombro,
 De la cual fué sacando con pausas astutas,
 Artículos extraordinarios:
 Yesqueros de mixto, esculpidos rosarios
 Y jabones de olor que imitaban frutas.
 Había un costurero guarnecido
 De conchillas marinas, que insinuaba derroches
 De tesoro escondido
 De *Las Mil y Una Noches*.
 (Porque ya sabíamos algo de Aladino
 Y de Simbad el Marino;
 Aunque para nuestra fábula campesina,
 Uno era el Niño Ladino
 Y el otro se llamaba Sinibaldo Medina).
 ¡Y aquel globo de cristal que encerraba

Un pueblito con su pinar,
 Sobre los cuales, si usted lo meneaba,
 Se ponía a nevar?
 ¡Y aquel lapicero sorprendente
 Cuyo cabo ocultaba también
 Una minúscula lente
 Con una vista de Jerusalén!

Entre los intervalos de una y otra tocata,
 La vitrina seguía volcando en la vereda,
 Al pregón de la "cosa linda, barata",
 Como los cofres mágicos, nácar, aroma y seda.
 Pero, no bien el músico volvía a hacer su parte,
 Tornábamos, sumisos, al dominio del arte.
 Y tal era su hechizo
 Ante el deslumbramiento de la menuda grey,
 Que una chiquilina de don Andrés Carrizo,
 Sentenció alelada: —Es el rey!

Y he aquí que lo era, en efecto.
 El rey de la farándula, monarca indestronable,
 Omnipotente y miserable,
 Bienhechor, atorrante y perfecto.
 ¿No llevaba consigo hasta ese turco
 De las manos tatuadas con crecientes azules,
 Que desplegaba prodigiosos tules

Y tenía en las cejas un terrible surco
De verdugo de sultán,
Como aquel que en la estampa que él mismo vendía,
Con despiadada herejía
Le cortaba la cabeza a San Juan?...

Así reinó una tarde con su murga y su lata,
Bajo el buen sol aldeano y el aplauso rural,
En la pureza total
De la gloria anónima y de la suerte ingrata.
(Porque luego supimos con certeza fatal,
Que se llamaba Pascual
Y era oriundo de la Basilicata).
Tocó algún tiempo aún con buen resultado.
Hasta que un día dejó de lado
La musical maravilla,
Se quedó de hortelano de la villa,
Casó allá y tuvo un hijo que ahora es diputado.

EL COLLA

EL colla solía llegar una mañana,
Diligente, pequeño y macizo,
Con su ponchito café, su alforja grana
Y su sombrero cenizo.
Era cosa de ver
En su sandalia rústica su pie de mujer
Que aquella marchas tan grandes
Había podido hacer;
Pues venía del fondo de los Andes,
De las tierras del Inca que decían estar
A no menos de un largo mes de mula de andar.

Vacilaba en su rostro lampiño
 Una esquivéz sumisa de viejo y de niño.
 Mas, su vigor enjuto, bajo el toscó picote,
 Forjaba una cobriza solidez de lingote.
 Y cuando se quedaba mirando de hito en hito
 Con sus ojillos negros de insondable fijeza,
 Adquiría la desolada firmeza
 De un aislamiento de monolito.

Iba vendiendo medicinas y magias,
 Como ser polvos de asta de ciervo y de bezoar,
 Cebadilla de estornudar
 Y agallas contra las hemorragias.
 Jaborandi, quina y estoraque;
 Illas, que eran cabritas y llamitas de cobre,
 Que traían suerte para salir de pobre
 Y librar los rebaños de todo ataque.
 Habillas de rojo encendido
 Que, de a dos, quitan la ora, pero de a tres, la dan.
 Y sortijas de piedra imán
 Contra los celos y el olvido.

Mientras sus cosas vendía,
 Cerrando la alforja con precaución avara
 Cada vez que sacaba una mercancía,
 Como si temiese que algo se le volara;

Más de un curioso detrás de él se ponía,
Para ver si bajo el sombrero
Llevaba siempre la trenza
Que talvez ocultaba por vergüenza
Del comentario chocarrero.
Entonces advertíase la destreza prudente
Con que, sin descuidar jamás
Al que con él trataba de frente,
Podía mirar para atrás
Como el guanaco, naturalmente.
Pero, si nadie osaba con él burla o desprecio,
Era porque sabía la palabra que evoca
A la hormiga y a la isoca
Con que la chacra habíale plagado a más de un necio.

Hecha su venta al por menor,
Sentábase en una orilla
Del atrio de la capilla
Donde nunca dejaba de rezar con fervor.
Y allá por largas horas, con lentitud de oruga,
Mascullaba su coca, soñoliento
E indiferente al frío, al sol y al viento
Que apenas fruncía sus ojos de tortuga.
Cambiaba en quichua un saludo
Con algún santiagueño de su relación,
Y después partía de la población
Diligente, macizo y menudo.

A dónde sabría ir, que hubo menciones
 De que una vez un mozo de Sumampa,
 Fué a sacarlo por la estampa
 En el Carmen de Patagones!
 Y como nunca lo vimos de regreso,
 El mismo correvedile
 Aseguró que volvía por Chile,
 Poniendo sus tres años en todo eso.

Así se iba por la campiña abierta
 A correr las tierras del mundo,
 Hasta que el horizonte profundo
 Cerrábase tras él como una puerta.
 Y siempre se nos quedó trunca
 La curiosidad por saber de qué modo
 Aquella alforja, nunca llena del todo,
 Tampoco se acababa nunca.

EL ARROYITO VECINAL

A DORMECIDO sobre un oro blando
De arena y sol, el arroyito
Se arroba de infinito
Y se queda mirando...

Azula su delicia tranquila
Aquella nitidez de pupila
Que por momentos altera
Con dilatación de cárdena ojera
La pestaña abatida del juncal.
Un susurro de brisa se adelgaza...
Y la transparencia, reposando en la taza
De purísimo cielo, que invierte el manantial,
Refleja las imágenes largas de las enneas,
Inmóviles como ideas
En un ensueño de cristal.

En súbito reguero
De átomos diamantinos,
Derrama su alfiletero
El cardumen de alevinos,
Al peligro pasajero
De la golondrina, cuya mojada
De pluma en el tintero,
Deja el agua morada;
Mientras la sombra ya avanzada
Del juncal costanero,
Al purpúreo borrón mezclada,
Obscurece el remanso entero.

De brucés junto al cauce,
Diríase que uno bebe
En aquella agua leve
Fresca sombra de sauce.
Mas, si le hace la mano,
Pastoril escudilla,
En el escurridizo trago brilla
El oro rusticano
De la zarzaparrilla.
Y es tan clara y tan pura la calma de la hora,
Que parece que el mismo silencio se dora
Reclinado en la orilla;
Aunque entre el cuchillar de la totora,
De cuando en cuando, la ranita bruja

Gorgotea escondida,
 Como una botella sumergida,
 El suspiro de su alma de burbuja.
 Lamina su candente cine el sol meridiano.
 Y violentando el lecho del arroyito,
 Duerme en las anchas piedras el granito
 Su sueño de lagarto antediluviano.

Mas, ya, saltando el bordo que la para,
 Con los glaucos guijarros cloquea el agua clara.
 Y en su caudal poco mayor que un vaso,
 Garabateada por el doble puntero
 De las patas del tero,
 No deja una piedrita sin reirle algo al paso;
 Por más que así se apresura a llegar
 Hasta el pueblo vecino
 Donde un viejo molino
 Poetiza las tardes del lugar;
 Afanosa de trabajar
 Según su hidráulico destino,
 En el canjilón alterno
 Que anticipa, al verterla alborozado,
 La plata en flor del bollo tierno
 Y el oro en polvo del salvado.

Hasta que en pleno arranque,
Detenida otra vez por un momento,
A la sombra del molle corpulento
Se ahonda en glacial tersura de estanque.
Con rumor de emboscado viento
Vuélcase la invisible bocatoma.
Punza recóndito el lamento
De la paloma.
Y la lóbrega frescura
De la tierra regadía,
Exhala ya el deleite que sangrará en dulzura
El corazón de la sandía.
La profundidad cobra una sutil
Resonancia musical de barril.
El valeroso árbol que con vibrante riesgo
Arraiga al sesgo
En un cantil,
Brilla al sol cual si fuera de talco,
Mientras su sombra estampa un calco
De glorieta fantástica en el agua de añil.
Allá la granadilla de bolas de oro, medra,
Y se esparea un insípido frescor de flor de piedra.

En tanto, bajo los traslúcidos tules
Que va tendiendo el bochorno,
Parece que estrechan el contorno
Los nativos cerros azules.

Revienta un nubarrón deslumbrante
 Su bolsa de harina en el pico más alto.
 Exalta el cielo su esmalte de cobalto.
 Y el remanso, un instante,
 Cristaliza en basalto.

Es la hora en que como a una mala acción,
 Baja a beber el perro cimarrón.
 Su flacura es, apenas, un oblicuo desliz...
 Y en la lengua anhelosa que al agua negra estira,
 Flamea como la flor de la achira
 Su apremiada sed de infeliz.

Alguna mariposa peregrina
 Enreda allá el minúsculo barrilete.
 La libélula bailarina,
 Gira en su tonelete
 De crinolina
 Azulina,
 Al ras de la barranca
 Donde con sensibilidad vespertina,
 La maravilla se disciplina,
 Y el remanso un suspiro del crepúsculo arranca,
 Mientras lo sobrecoge la turbia becacina,
 Y en su agua misteriosa tiembla una estrella blanca.

Y en el blandor de terciopelo
De su final melancolía,
La tarde, clara todavía,
Vuelve del baño, suelto el pelo.

EL TRASPATIO

SOBRE el algarrobo vecino,
A cuya sombra echada la vaca dormilona
Resuella a ratos como una persona,
La siesta cae con resplandor blanquecino
En una lisa densidad de lona.

Dentro el mismo traspatio, con giro repentino
Que anuncia la tormenta preparada,
El trompo loco de un remolino
Pone a la miseria la ropa lavada
Que embandera las ramas del cerco campesino.

Balsámicamente amargada
De romero generoso,
La resolana exhala el ardor oloroso
Del ron, en su propio oro destilada.

Y aquella ebriedad de aroma,
 Con palpitación de amoroso trastorno,
 Parece que embebiera el bochorno
 En el beso glotón de la paloma.

El silencio delira murmurados desvelos
 En que un remoto arrullo se distingue...
 Y de pronto, como un perol de buñuelos
 Que rebulle a pellizcos de violín el pringue,
 Entra mama gallina derramada en polluelos.

Para que en formación su cría marche,
 Con ritmo militar le bate el parche:
Croc, croc... Croc, croc... Y enhiesta
 Como un pompón de kepí,
 La flámula de su cresta
 Irrita una colérica escarlata de ají.
 Su exaltada y convulsa cabeza, en vibraciones
 De inminente hostilidad,
 Impone una avizora maternidad
 De viuda que cría varones.
 Bebe un trago al pasar en la represa
 Del pato que su alarma disimula
 Con su cola que comadrea y gesticula

Como un abaniquillo de señora obesa.
 Y ante ella escandalizado,
 Deglute el pavo su sorpresa
 Como un botellón atragantado.

Esmaltado de cobre, en su altivo
 Mariscaleo de galán notorio,
 El gallo, a un tiempo tenor y tenorio,
 Se anticipa el aplauso como un divo.
 Y en fútil guitarreo de aventura,
 Que bajo el ala oblicua malbarata,
 Saca al trasluz la vigorosa pata
 Con escamas azules de armadura.
 Picando falaz guijarro,
 En el fondo de un cacharro,
 Contornea de pompa el grano eventual
 Que, por cierto, no existe en la vasija,
 Como avalora su baratija
 Un mercader locuaz y trivial.
 Y cual
 Si encontrara espejo fiel
 En el rubicundo metal
 De aquella paila casual
 Volcada allá como para él,
 Lo ostenta al son confidencial
 De su insinuante cascabel,
 Rutilado el ojo brutal
 En ardiente gota de miel.

Cuando, rompiendo en alharaca
De súbita matraca,
La despavorida clueca
Que absurdo aspaviento ofusca,
Desde el nido febril que la reseca,
Viene a dar sobre el patio como una lata brusca.
Y cual si respondiese desde el galpón del pasto,
Lanza la ponedora su pregón más sonoro,
Anunciando al canasto
El materno fasto
Que el gallo con rutina locuaz festeja a coro.

Por el aire otra vez revuelto
En alocada racha,
Arrastrando su polvorienta hilacha
Gira, hecho torbellino, el diablo suelto.
Su cachetada estrella
El postigo arrancado de la armella;
Tumba al pasar la paila vacía
Con que el gallo se entretenía;
Y a su puntapié, la paila,
Con bamboleo concéntrico baila
Tartamudeada por trémula algarabía.
Cruza el ámbito un grito de alarmado afán,
Como si pasara el gavilán.
Y hacia las próximas orillas
Del charco protector, menea el pato,

Con jadeo mentecato,
Sus chancletas amarillas. *

Pero la calma vuelve. El viento amaina
En un frescor de intermitente brisa
Que pasa entre pecho y camisa
Como un cuchillo que rompió la vaina.
Bajo la clueca que al centro del circuito
Parece que fuera sofaldándose en rueda,
Su puñado de seda
Redondea el pollito.
Entre pueriles alborotos,
Al abrigo de las alas maternas,
Amarillean las patitas tiernas
Como un almácigo de porotos.

El gallo, al fin tranquilo, duerme su siesta sola;
Aunque a ratos el bélico prurito que lo altera,
Despabila en la cresta su erección de amapola,
Y pasa todavía por la gola
En una crispación de charretera.

Lía el pato su pico bajo el ala.
Y sólo el pavo ardoroso y tronera,
Se obstina en frustrar su gala
Ante una piedra cualquiera.

Cruza de pronto el ámbito y zumbando se pierde
El picaflor, al sesgo de su centella verde.

Rizo de oro que a ratos despeina la fatiga,
Cae alguna algarroba cortada por la hormiga.

El silencio se acuesta
Junto a la vaca echada.
La doméstica siesta,
Parece que en su hornada
La tuesta
Como una enorme empanada.
Y una cándida nube
Que lentamente sube
Hacia el glorioso vértigo de un éxtasis triunfal,
Va azulando su pieza de ropa angelical
En la fresca batea
De aquel cielo de aldea
Trivial...

CIRCO ROMÁNTICO

CIRCO ROMANTICO

LA ILUSIÓN

CUANDO ví por primera vez
La función de un circo en la villa,
Comprendí ante su maravilla
Mi lamentable pequeñez.

Cada audacia del volatín,
Encumbraba hasta las candelas,
Palpitante en sus lentejuelas
Mi deslumbramiento sin fin.

Miserable era la comparsa;
Pero allá me enseñó el payaso,
La paradoja del fracaso
En el éxito de su farsa.

La intrepidez en su donaire
Y el ingenio en su moraleja
De la basura que no deja
De ser tal, porque suba al aire.

Ah, llegar a saltar como él,
O a imitar, siquiera, en la pista,
El baile ecuestre de la artista
Que rompe el aro de papel...

Pronto advertí que nunca yo
Tales glorias alcanzaría,
Y esta es la funambulería
Que en el alma se me quedó:

I

EL CARTEL

¡Atletas, monstruos, chistes, atracciones,
Fieras! La Estrella del Alambre. El Rayo
Del Trapecio. El Gran Boa. Un papagayo
Que profetiza en chino, y cien leones!

Treinta payasos. Cinco mocetones
Pigmeos, del remoto Buluwayo.
Un caníbal auténtico (su ensayo
Es libre). ¡Unico abono a diez funciones!

Todos, sin excepción, todos al circo,
A admirar la onza negra, a ver el hircio
(Cabrón montés y rima inevitable

Que su arabesco rebuscado minia).
El domador de cebras de Abisinia
Y el fakir cingalés que traga un sable.

II

PIERROTADA

De pronto, anoche, volví a hallar la luna,
Tras cuya rueda, como de costumbre,
Se puso a perseguir mi incertidumbre
La ilusión circular de la Fortuna.

Y como antes, también, sin causa alguna,
La fantasmagoría de su lumbre.
Le sacó ojeras a mi pesadumbre
Todavía más necia que importuna.

Pero no, con mil diablos! Antes que esto,
En payasada de jugar funesto,
Rompo con ella tan ambiguos lazos;

La ensarto triunfalmente en mi varita,
Y con una parábola infinita
La tiro al primer charco hecha pedazos.

III

EL EXCÉNTRICO

Cada fragmento de la luna rota
Se vuelve, entonces, implacable espejo,
Que desuella al través con su reflejo
La burla que mi máscara alborota.

Ya en linfática pera de compota
Me exagera un fracaso de bosquejo;
Ya en mi mueca de escuálido pellejo
Se desinfla el cauchuc de su pelota.

Repito, así, diez mil Polichinelas...
Y todo tiritado en lentejuelas,
Soy un deslumbrador escalofrío

De raso negro, en cuya piel joyante,
Pululado de luna cosquillante,
Con garrafal ridiculez me río.

IV

ESCAMOTEO

Revuelvo el agua con bastón furioso
Para vengarme de la luna loca,
Y aunque no queda ya sino muy poca,
La entierro al fin en el negror del poso.

Así concluirá su ronda de oso
En torno de la tierra, obesa foca,
Y verán que fué sólo una bicoca
Indigna de turbar nuestro reposo.

Tasaré la piel blanca de la bestia
En mil duros... Mas, súbita molestia
Crispa ante el cielo mi impotente puño;

Porque allá, desfondándome el chaleco,
Mi último escudo, en clásico embeleco,
Eseurre un disco vil sin ley ni cuño.

V

LA LUNA Y EL OSO

Pero no es ya un doblón, sino un pandero
Que hace bailar al oso ante mi palo,
Con el que en zurda polka lo acorralo
Por toda la extensión del picadero.

Según reza el cartel, mi compañero
No es el buen oso, sino el oso malo,
Que permite ofreceros el regalo
De un número esquimal muy verdadero.

Este blanco ejemplar que así os alegra,
Bosteza el crimen con su boca negra.
Y un día habrán de hallarlo, balanceado

Como el polo, en lunática modorra,
Junto a un palo, un pandero y una gorra
Con el roto pompón ensangrentado.

VI

GRAMÁTICA PARDA

El payaso es gramático. Y, festivo,
 Nos conjuga sus verbos al efecto:
 Para la novia, el futuro perfecto.
 Para la suegra, el modo imperativo.

Aplica al pretendiente el subjuntivo
 Condicional... Y pone, circunspecto,
Pagar, en el pretérito imperfecto,
 Y *deber* en el modo infinitivo.

—Y *amar*?...—pregunta el Director, con tiernas
 Miradas alusivas a las piernas
 De la *ecuyére*. —*Amar*? Tiempo perdido!

Y al fulminante bofetón de usanza,
 Lloro en el viejo chiste la esperanza
 El gerundio implacable del olvido.

VII

LA ESTRELLA DEL ALAMBRE

Sobre un rayo de luz, *miss Moon* asoma,
 Destellada en un prisma de garrafa
 Que embotella sus ojos de jirafa
 Y su melena azul cuajada en goma.

La sonrisa puntual con que se aploma,
 Recrudece el carmín de su piltrafa.
 Todo es en ella prodigiosa estafa,
 Mortífero desliz, versátil broma.

El fino alambre, que siniestro brilla,
 Entre sus escarpines acuchilla.
 Y al verla, pienso con rencor ufano,

Que si se parte en dos sobre ese filo,
 No serán sus despojos más de un kilo
 De aserrín en la palma de mi mano.

VIII

LA BOLA

La bola—rima y trasto—rueda sola
En la punta del verso y en la pista,
Donde encadenarán mis pies de artista
Con virola de plata la cabriola.

Porque es la luna la argentina bola
Que en desnivel de báscula imprevista,
Lanza al Cosmos mi tabla de pruebista
Con vulgar rotación de perinola.

Hola la rima en ola!—cacerola
Que con fugaz piola ato a la cola
De un cometa erizado como un gato

Bajo la planetaria batahola
Que yo entre Aries y Geminis dilato
Con mi desorbitada carambola,

IX

JUEGOS MALABARES

He aquí los adminículos: su pena
Que debe usted guardar con gran respeto,
Cuatro *cocktails*—o cinco—en el coleteo,
Y un puñado cabal de luna llena.

Luego, usted la garganta se cercena
Con un trago más cruel que su secreto.
Si le salta una lágrima... —¡completo
Está el apronte! Empiece su faena.

Teñidas de alcohol en rosa y verde,
Baraja usted con ágil ganapierte,
Dos, tres, seis lunas, que en gallardo fraude,

Con un plato tangente arman estrofa...
Y loco de alegría, usted se mofa
Del "respetable público" que aplaude.

X

GRIMALDI

Grimaldi fué aquel *clown* a quien le diera
Cierta doctor, para curarle el tedio,
Como infalible y último remedio
Su propia gracia, sin saber quién era.

Así, con risa heroica y lastimera,
Ante el hastío en implacable asedio,
Supo el *clown*, en su célebre Intermedio,
Destilar miel de tan amarga cera.

Si padeces como él, no te atolondres.
Acuérdate del médico de Londres
Que acertó sin querer en aquel caso;

Porque el remedio de tu mal consiste,
En que llegues a ser, cuando estés triste,
Tu enfermo, tu doctor y tu payaso.

XI

EUREKA!

Música!... Y con frenética batuta
La final "atracción" pica el maestro.
De pie en mi albo coreel, tranquilo y diestro,
Tomo el compás con ironía astuta.

El propio Director tiene el cabestro.
Chispas de vals su látigo ejecuta.
Y la luna, ante mí, se alza absoluta
Como la muerte, en su candor siniestro.

Amortajado en albayalde y seda
De blancura fatal, cierro la rueda.
Y afrontando la luna impertinente

Que mi choque desfonda en un disparo
De réido papel — traspaso su aro
Con un salto...—mortal, naturalmente.

EL ARPISTA

EL arpista era Ildefonso,
Moreno crespo y jovial,
Que tocaba con empeño igual
Una chacarera o un responso.
Pues lo mismo oficiaba con el cura,
Que hacía buena figura
En la tertulia más arriesgada,
Donde no pocas veces salió de la aventura
Con el arpa baleada.

Famoso por su aguante,
Había llegado en más de un velorio,
A pasarse tres días y tres noches de' holgorio
Sin pegar los ojos y el arpa por delante.
Pues bebiendo con moderación,
El licor le aclaraba la garganta y el seso,
Salvo el vino de año, que suele ser travieso,
Y el anís que es tan dormilón.

Bienhaya la voz del cristiano,
 Que no fallaba jamás
 En latín ni en castellano,
 Pues, para los oficios, sabíase de plano
 Las fórmulas litúrgicas además del compás.
 Sólo que, cuando a veces, dejaba la parranda
 Por tal cual misa urgente de promesa o de manda,
 Confundía el servicio, mal dormido quizás,
 Para florear los kyries con música de gato...
 Y allá el furor del cura con aquel mulato,
 Verdadero carbón de Satanás.

Preferíanlo a todos los cantores,
 Los grandes bebedores
 Que caían a riñas o carreras;
 Y en coplas a la vez rudas y sabias,
 Oyeron de él su elogio los Saravias,
 Los Cáceres y los Veras.
 Pues también sabía él su parte
 De mitología y recursos del arte,
 Como ser el hado, las parcas y las ninfas
 Rimadas en hidráulica fatalidad con linfas
 De arroyuelos de Plácido y de Rivera Indarte.

Era, entonces, de oír el tiroteo
 Con que los celebrados respondían por gala,
 Hasta no dejar cohete ni bala

Que no consumiese su estruendoso recreo.
Canto y pólvora hurgábanles en el alma el deseo
De la jineteada favorita,
En que el bagual tumbaban con rodada fortuita,
Para salir parados, al clamoreo agudo
Que cortaba de pronto algún viudo
Con su lamento en que—ánima bendita!—
Al son de la música que se le hacía nudo,
Se acordaba de la finadita.

Allá solía andar pronta la daga
Por un trago de más o una chinita,
Con que a tanto varón la suerte aciaga
Se le atravesó en el camino
(Conforme pasa si a uno le llega su destino).
Solo con el arpista era blando
Hasta el calavera de más mala bebida,
Pues sabido es, decían refraneando,
Que sin canto y amor no hay vida.

Entrado ya a solterón,
No se le conocía ninguna afición,
Aunque Cupido y sus flechazos
Fueran tema habitual de su canción,
Como si sólo el arpa entre sus brazos
Le ocupara el lado del corazón.

Pues, acaso del mucho ver
Quebraderos de cabeza,
Adquirió la fortaleza
De resistir a la mujer.
Pero a fuerza de tejer
En su telar de cuerdas, placer y sentimiento,
Y tanto dulce rigor,
Y tanta vida mía y adorado tormento,
Y tanto piropo en flor
Para las lindas muchachas,
Quedábanle en los dedos poéticas hilachas
De música y de amor.
Y tal vez no eran sólo de adorno singular
Aquellas cintas viejas,
Que en el color y el largo desaparejas,
Colgaban de su llave de afinar.

¡Ese Ildefonso viejo con su arpa siempre lista,
Sus dedos incansables y su empeño de artista!
Decían que era capaz
De hacer bailar un mortero;
Y que a su envite eficaz,
Ni las viejas planchaban, pues se volvía audaz
El más tímido mosquetero.
Y de veras que parecía
Que hasta las puertas iban a bailar en las jambas,
Cuando su melodía

Mandaba las Firmezas o hamacaba las Zambas
 Tan llenas de gentil melancolía.
 Ah, gracia de Los Aires, a cuyo sortilegio
 Un ala de calandria vibraba en el arpegio.
 Ah mudanzas cruzadas con espuelas de plata
 En los garbos del Triunfo que el ímpetu arrebató.
 Y qué me cuenta Vd. del Escondido,
 Cuando, mientras preludian, va el mozo rendido
 A tomar tierra ante el pie de la niña
 Que melindrosa aliña
 Su coqueta esquivez,
 Para que más enjuta salte la castañeta
 A repicar la danza que ingenua y pizpireta,
 Se niega y se abandona, cantándolo a la vez.

“Sali, lucero, salí”,
 “Sali que te quiero ver”.
 “Aunque las nubes te tapen”,
 “Sali si sabes querer”.

Así, de pago en pago,
 Se le fué la vida voltaria,
 —Según decía él mismo con frase literaria—
 “Por esos prados de Córdoba y Santiago”.
 Murió en la ley del canto como una cuerda rota.
 Y cuando lo enterraron en la aldea remota,
 Su cajón parecía, ya al olvido entregado,
 Una pobre arpa vieja que se había quebrado.

COPLAS DE PAYADA

EL ENCUENTRO

AMIGOS y por lo viejos
Más seguros y mejores,
Eran el teniente Lobo
Y el cabo Mariano Amores.

Grados que a los dos les dieron
Por servicios que prestaron
Cuando en la antigua frontera
Contra los indios pelearon.

Pues de guardias nacionales
Se ganaron sus galones
Entre los bravos fuerteros
De ese fuerte de Abipones.

Y de favor no sería;
Pues según el comentario,
Allá el que no era valiente
Se pasaba a temerario.

Así todos se esmeraban
Con la muy justa ambición
De quedar para memoria
Por modelo de varón.

Cualquiera de ellos usaba,
Certificando la copia,
Manea de cuero de indio
Sacada por mano propia.

O a un infiel le desollaba
Para guayaca el pellejo
De la cabeza, dejando
La cerda de rapacejo.

Varonazos de esa entraña
Fueron, pues, cabo y teniente.
Quién sabe si queda alguno—
Mejorando lo presente.—

Pero sólo les pasaban
Sueldo en la plana pasiva,
Porque ya los dos, entonces,
Eran de setenta arriba.

En la villa el cabo viejo
Changaba por los contornos,
Con su burra y dos torzales
Chamiza para los hornos.

El teniente, más aviado,
Llegó a entablar dos tropillas
De a seis yeguas, que alquilaba
Para pisar en las trillas.

Con lo que, así, separados
En diferente lugar,
Tan sólo de tarde en tarde
Se llegaban a encontrar.

Una vez de esas que fué,
Sucedió que los dos viejos
En la plaza de la villa
Se divisaron de lejos.

Rubio y zarco era el teniente.
 —Yo cuento, pero no alabo.—
 Color quebracho campana
 Y ojos de mastín el cabo.

Vieran la estampa del Lobo,
 Como un violín puras fibras.
 Y al otro con su barbaza
 Como un vellón de tres libras.

Venía ese cabo Amores
 Sentado en su burra blanca.
 Para sacarle el marchado
 Se le había corrido al anca.

Colgaba a su espalda el gacho,
 De un orillo de bayeta;
 Y al pasar, raboneando iba
 Los yuyos con la chancleta.

A estilo de domador
 Llevaba Lobo el recado,
 En un zainito parejo,
 Todavía de bocado.

Vendrá tal vez por los vicios
O por alguna demanda,
Pues diz que por esos pagos
En sus travesuras anda.

Desde la bota al chambergo,
Luce garboso y prolijo,
Pasado con arrogancia
Por la nariz el barbijo.

La alegría del encuentro
Frente y ojos les aclara,
Y con el gusto de verse
Se retaron cara a cara:

—Ah gaucho, y montando en burra!
Quién te ha visto y quién te ve.
—Para cabalgar ajeno,
Mejor es andar a pie.

—Se me hace que has de ser flojo
Como pinta de zaraza...
Y a un tiempo se desmontaron
En el medio de la plaza.

Mano al facón echó Lobo;
Y el otro, al desenvainar,
Se metió la barba al seno
Como si fuese a domar.

Desnudaron los cuchillos,
Y sin soltar el cabresto,
A vistear de punta y hacha
Por fantasía se han puesto.

Echar una firma llaman
A ese juego; y de iniciales,
Sangre y Suerte van marcando
Las eses de los puñales.

A medio paso chaireaban;
Y el lance, en su movimiento,
Era un solo refucilo
Como tormenta de viento.

Tiró sobre un golpe el cabo,
Y a tiempo que el otro quita,
—¡Ahijuna, viejo sagaz,
Ya me cortaste!—le grita.

Brota un botón de clavel
 En su frente, contra el pelo,
 Y al punto en una gotera
 Se le deshoja hasta el suelo.

—¡Dios te asista, dice Lobo,
 Si te ofendí mucho, hermano!
 Mas ya, con una risada,
 Los dos se dieron la mano.

Y charlando de sus cosas,
 A la tienda más cercana,
 De a pie y con paso tranquilo
 Se van a hacer la mañana.

De la punta del cabresto
 Su animal cada uno tira.
 Seguro que el viejo Amores
 Va contando una mentira.

Y por sacarse el estorbo,
 Sin que la sangre lo aturda,
 De a ratos la bota al suelo
 Con el revés de la zurda.

Antes de servir las copas,
Mauro, el mozo de la tienda,
Con una tira de lienzo
Se aprontó a echarle una venda.

En caña mojó un puñado
De pábilo de bañar,
Y así le paró la sangre,
Y no hubo ya más que hablar.

Allá punteaba un cielito,
Sentado en la única silla,
Ño Cantalicio Roldán,
El gendarme de la villa;

Que sin dejar la guitarra,
Dijo amistoso y chancero:
—¡Habrás visto herejía
De chacotear con el cuero!

—Yo convidó—mandó Lobo.
Y luego aquella guayaca
Que cortó de un casco de indio
Con toda la greña, saca.

De tabaco y chala llena,
 Se las ofrece; y con eso,
 Gendarme y mozo le piden
 Que les relate el suceso.

—No es nada—dice;—peleamos,
 Y después que lo ultimé,
 Por encima de las cejas
 El casco le desollé.

Para que curtiese en blanco,
 Salé el cuero con alumbre,
 Y le dejé todo el pelo
 Porque esa era la costumbre.

Mas ya las copas servidas
 Provocan a echar el trago.
 —¡Por la flor que me cantaste!
 Brindó Amores con halago.

—No hay flor sin truco—responde
 Su amigo con hidalguía.
 En las copas levantadas
 Brilló el sol de la alegría.

Como son las del empiezo,
Fin con dos tragos les dan.
La caña era, dijo el mozo,
Lo mejor de Tucumán.

EL CANTOR

ERA ese Serapio Suárez
Mozo de buena opinión
Largucho y tirando a rubio,
Guitarrero y chacotón.

Desde la esquina del ojo,
La pecosa picardía
Le bajaba hasta la mosca
Su barbijo de alegría.

Chaqueta gris, media bota,
Negros chambergo y bombacha;
Si golilla azul le pongo,
Ya está completa su facha.

Pues todavía eran de uso
Los colores partidarios
Que legaron los abuelos
Federales y unitarios.

Y hasta quedaba más de una
Vieja lanza montonera,
Que en la moharra tenía
Calada una calavera.

Yo no sé, porque tan sólo
Aquello que ví refiero,
Si el Serapio descendía
De salvaje o mazorquero.

Mas no he de echar en olvido,
Ni dejar para después,
Sus espolines labrados
Por Moreira el cordobés.

Y entre otras muy buenas prendas,
La chalina de vieuña,
Porque andaba, como dicen,
Para barajarlo en la uña.

Cuando rompía a bailar
 Firmezas, triunfos o gatos,
 En la sisa del chaleco
 Su daga asomaba a ratos.

Arma de hoja como luz,
 Puño firme y rica vaina,
 Capaz de picar con bofes
 De cristiano una chanfaina.

Pues cualquiera de esos hombres,
 Era de salirle al cuco,
 Y macho como el de espadas
 Para aguantar el retruco.

Libre y sin renta ni oficio,
 Y honrado a carta cabal,
 Llevaba él a un mismo temple
 Pecho, guitarra y puñal.

Aunque el buen genio le daba
 Menos años, para mí,
 Andaría en treinta y cinco
 Cuando yo lo conocí.

Del Fraile Muerto volvía,
 Pintándola de galán,
 En un bayo cabos negros
 De la cría de Celmán.

Y digo que era pintura,
 Pues bien se le conocía,
 Que orgulloso con su flete,
 De tapado lo traía.

Es que decían las mentas
 Y que andaban dando sogas
 Con un pangaré arribeño
 De don Mercedes Quiroga.

Parejero alto de cruz
 Y calzado de una pata
 Para hacer bueno el adágio
 Que de estos asuntos trata:

“Calzao de una”,
 “Arriesgale tu fortuna”.
 “Calzao de dos”,
 “Reservalo para vos”.

“Calzao de tres”,
“Ni lo vendás ni lo des”.
“Calzao de cuatro”,
“Vendelo caro o barato”.

Así, por pinta y noticias,
Según recordarlo puedo,
Muchos le daban de tiro
Las dos cuadras en un credo.

A mí me gustaba el otro,
Más que pareciera flaco
Por lo alzado de verijas
A la facción del guanaco.

Mas nunca pude apreciarles
La condición ni la casta,
Porque las carreras fueron
En el pago de Ambargasta.

Suárez iba para allá,
De callada, por supuesto,
Cuando se allegó a las casas
Tan bien montado y compuesto.

Pie a tierra echó en la ramada,
Ya estaba entrándose el sol;
Le chispeaban las violas
Y ribetes de charol.

Y al desensillar se oía,
Que era chapeado efectivo,
Como gotera la plata
Desde el freno hasta el estribo.

Ahora han de querer ustedes,
Pues dejuro les extraña,
Saber cómo se avenía
Sin renta, oficio ni maña.

Pues les diré, aunque parezca
Poca cosa para tanto,
Que todo eso lo agenciaba
Con la guitarra y el canto.

Cierto es que también solía
Sacar su buena ventaja
De la taba y las carreras,
Las riñas y la baraja.

Mas quien al juego se arriesga,
Sabe lo que dura un gozo,
Y el hombre a veces quedaba
Peladito hasta el carozo.

Entonces a las clavijas
Echaba mano otra vez,
Y se iba rodando tierras
A remediar su escasez.

Y de nuevo amadrinaba
La fortuna a su cencerro,
Cantando por esos pagos
Las coplas de Martín Fierro.

De memoria las sabía
Recitar a pierna suelta.
Yo le oí una vez, señores,
Por junto la Ida y la Vuelta.

Bien haya el mozo ladino
Que prendaba a las mujeres
Y los gauchos ayudaban
Con pilchas y menesteres.

Quien le pagaba las copas,
O una faja o un pañuelo.
Quien le daba de barato
El patacón de señoelo.

Que así llegó en ocasiones
A comenzar su desquite,
Topando un tiro de taba
O aventurando un envite.

Algún estanciero aviado,
Solía obsequiarlo mejor.
Los vecinos se acordaban
De unas riendas de valor.

Y hasta de unas boleadoras
Que un fantástico hizo armar
A estilo ríograndense
Con tres mingos de billar.

Pero según ya les dije,
Como era medio tahir,
Por ahí las dejó empeñadas
No sé en qué pueblo del Sur.

Sólo a la guitarra, nadie
 La vió separada de él.
 Decía que no se casaba
 Por temor de serle infiel.

Y cuando estaba bebido,
 Lagrimeaba con ternura:
 —Tocando el responso en ella
 Me he de ir a la sepultura.

Había dormido una noche
 De neblina y frío crudo,
 Por librarla del sereno,
 A campo y medio desnudo.

Pues en el único poncho,
 Cuidadoso la envolvió,
 Y el pobre estuvo a la muerte
 Con el pasmo que lo alzó.

Colgaban de ella en manojo,
 Como prendas de su gloria,
 Las cintas que las muchachas
 Le dieron para memoria.

Y si les quedaba el rastro
De alguna lágrima vieja,
También andaba enredado
Más de un beso en su madeja.

Para tenerla a la mano,
Siempre encontraba recurso,
Y hasta en los bailes de arrimo
La llevaba con discurso.

Que era de verlo, al compás
De algún valsecito blando,
Mecerse con la pareja
Y al mismo tiempo punteando.

Nunca se hacía rogar
Ni estaba de mala luna.
Pulsaba en los cinco temples
Sin dificultad ninguna.

Y en la postura cruzada
Que requiere el de tresillo,
De puro baquiano que era,
Ni se sacaba el anillo.

Así es que, acabado el mate,
Vino la usada pregunta:
"Cómo está de la garganta",
Le dijo uno, haciendo punta.

Y mientras iba afinando,
Le pidieron para oír,
Aquella historia de Fierro
Que acababa de salir.

Cortó un rasgueo de golpe,
Y componiéndose el pecho,
Preguntó cómo querían
Si por falso o por derecho.

A su gusto lo dejaron,
Según era más prudente,
Y en respetuoso silencio
Fué arrimándose la gente.

Era aquel patio limpito
Como una cancha de taba,
Tan grande que se podía
Parar rodeo y sobraba.

Al contorno, las mujeres
Beneficiaban la huerta
Con ocho pailas de arrope
Que hervían a boca abierta.

Y las hornallas, ardiendo,
Mostraban por el costado,
Caladas como sandías
El corazón colorado.

Tras la siesta bochornosa,
Un airecito de alivio
Llegaba de la cañada
Todavía un poco tibio.

Y los campos bendecía
La fragancia del poleo,
Y en el higueral cantaba
Recogido el benteveo.

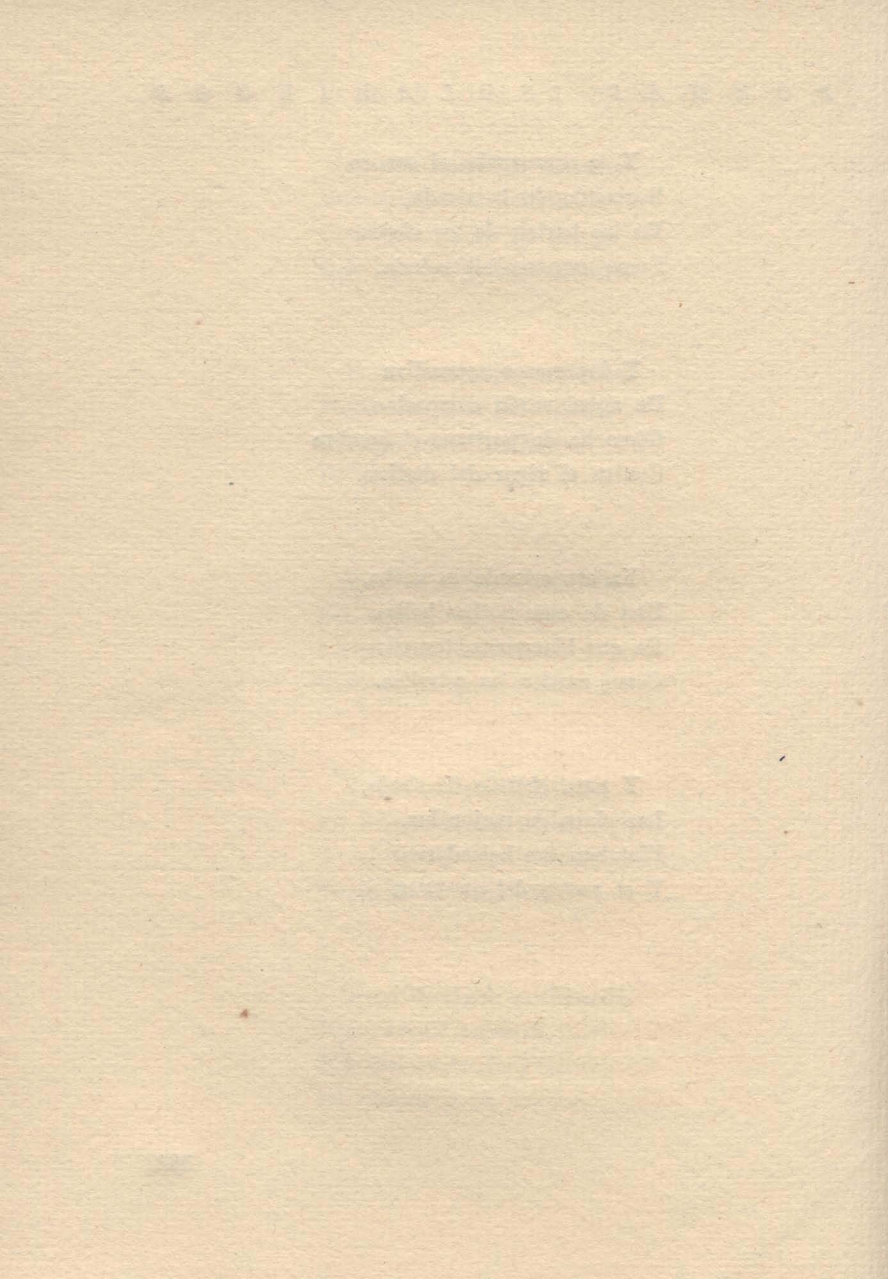
Y en la cifra bordoneada
Con varonil entereza,
Nos iba contando Fierro
Su alegría y su tristeza.

Y se encrespaba el sonoro
Borollón de la risada
En las barbas de los viejos
Como espuma alborotada.

Y los mozos aprendían
De aquel varón campesino,
Cómo ha de portarse el hombre
Contra el rigor del destino.

Ya era cerrada la noche,
Una de esas noches bellas
En que blanquean, tamañas
Como nardos las estrellas.

Y para el lado de abajo,
Las cinco de mejor luz,
Pintaban las boleadoras
Y el rastro del avestruz.



JUAN ROJAS

JUAN Rojas, nuestro capataz,
Era alto, cenceño y cetrino.
Al volcar, como es de uso campesino,
Sobre el hombro el sombrero, con vigor montaraz
Rodaba un bucle lóbrego hasta el ojo beduino
Que él despejaba en mosqueada vivaz.
Tenía el ceño del valor genuino,
Barbada en punta la aguileña faz,
Firme el porte, la fibra tenaz,
El puño recio y el tobillo fino.

Sumamente sagaz
Para el rastro y el monte, su tino
De índole poco locuaz,
Prefería el renombre que se labra
Tras largo acierto y callada porfía,
Porque con doble mérito valía
Su silencio tanto como su palabra.

Por esto su opinión era sentencia
En aquella recóndita sapiencia
De la huella y del rumbo, que más de una vez
Le requirió como perito el juez
Para la pesquisa o el sumario
De algún perdulario
Que se le escabullía con avilantez;
Fuera de que no había burlón o temerario
Que olvidara con necia intrepidez,
El respeto pendiente junto con su talero,
Del facón cabo de asta retobado de cuero.

Nunca dejó el chiripá ni la ojota,
Ni la camisa de lienzo arrollada al codo,
Para el trabajo que érale más fácil de tal modo;
Pues solamente calzaba la bota
En algún padrinzago, casorio o procesión
Cual la de San Isidro al que hacía compañía,
Tocando la flauta de caña
Y disparando el trabuco por devoción,
Cuando para mandarle cantar misa en la villa,
Ocho leguas andaban a pie hasta la capilla.
A esa imagen tenía legalmente derecho
Antonia Jara su mujer, y era Antonia
Quien, durante lo más largo del trecho,
Le llevaba a él las botas de la ceremonia;
Pues para las mujeres había licencia
De cumplir a caballo, sin perder la indulgencia.

Aunque afirmaba su corona
 Con milagros de buena ley,
 El santo tenía cara de buey
 Y sus bueyes cara de persona.
 Lucía un tirador de cuartillos,
 Y unas medias botas
 Con ribetes picados y amarillos,
 Como las de las sotas.
 El mismo Juan armaba para su fiesta
 El violín de penca y el tamboril jovial
 (Que servía también para el carnaval)
 Y que eran, junto con la flauta, la orquesta
 De la entrada triunfal.
 Y cada guitarrero de la población, iba
 Agregándose a la comitiva
 Para echar su rasgueo devoto y cordial.

Después de la función,
 Juan y Antonia acudían con grave acatamiento
 A pedirles a mis padres la bendición,
 Pues eran sus ahijados de casamiento.
 Delgaducha, trigueña y quejumbrosa,
 Ojos verdes, nariz fina y lustrosa,
 Ella, en su endeble recelo de potrillo,
 Resultaba junto a él tan poca cosa,
 Que parecía la vaina de su cuchillo.
 Por temor al mal de ora, siempre andaba sahumada

Con azúcar y salvia morada;
Y Juan solía prepararle también,
Con incienso de molle parches para la sien.
Por más que ella pagaba bien su celo,
Recortándole al rape sobre la nuca el pelo.

A falta de hijos, educaba un loro
Que se llamaba, claro está, Pico de Oro;
Y que aun cuando sabía
El Bendito y el Avemaría,
Olvidaba el decoro
No bien la peonada se venía
Tras el bagual o el toro,
Para terciar en la blasfema algarabía;
Hasta que ante algún ajo demasiado sonoro,
Su dueña en un capacho lo escondía.
Porque Juan era en esto tan aseado y severo,
Que ni yegua decía sin el perdón primero.

Para aquellos trabajos de bravura tremenda,
Que imponían un temple de combate al afán,
Nadie competía con Juan
En el lazo, la bola y la rienda.
Dominaba todas las fatigas paisanas,
Desde el corcovo con su abismante vértigo,
Hasta la formidable tarea del pértigo

Con tres yuntas y dos picanas.
Podía lo mismo calzar la llanta a un carro,
Porque no carecía de discurso en la fragua,
Que atar la paja o pisar el barro
Para cortar adobes y techar a media agua.
Era en hierras y esquilas tan hábil como probo.
Entendía bastante de trenzado y retobo.
En el hacha, portábase empeñoso y seguro.
Sabía calar flautas en la caña hembra,
Elegir el mejor grano de siembra
Y hasta curar por conjuro.
Tenía buena mano y condición
Para enfrenar un redomón
Y sacarlo de coscoja,
Poner un noque de aloja
Y llapar una lejía de jabón.
Decía con modesta convicción,
Entre risueño y corrido,
Que lo único que no había aprendido
Era a leer y a usar pantalón.

Ponía toda su estimación
En dos galgos negros, el Mitre y el Urquiza,
(Nombres que el suegro habíales dado por ojeriza
Contra la leva de Pavón).
Uno sabía tapar con ceniza
El último tizón,

Cuando la gente se iba a la cama,
Sin quemarse el hocico en el fogón.
Superior era el otro para correr la gama
Y el avestruz, al cruce, con veloz precisión.

De sus solitarias cacerías
Que duraban a veces muchos días,
Nunca vimos a Juan volver
Sin que trajese para mi madre o su mujer
Una nidada de martineta,
O un panal silvestre, o un raro colibrí.
Adobaba con fuerte condimento de ají
La rústica paleta
O la cabeza de jabalí
Que en el monte había agenciado.
Y después de la cena, sentábase pausado
A contar lo que vió por allí...

Relataba con sobrio vigor,
Y yo tenía el privilegio sumo
De acurrucarme para oír mejor
En su poncho listado, oliente a humo.
La llama del fogón o el candil
Poníale en la barba bruseos toques de añil;
Y en el fondo de la órbita sombría
Un dorado reflejo de ron le traslucía;

O con súbito tajo le alumbraba los dientes
 Como si le sacara palabras relucientes.

Conocía la derecera
 En aire, tierra y agua, del pájaro y la res,
 El reptil y el insecto, la alimaña y la fiera.
 Y no existía nido ni madriguera
 Que hubiese escapado a su interés.
 Por esto pretendía con veracidad grave,
 Que a él no lo equivocaban huella ni maña de ave,
 (Porque para él era ave todo animal montés).
 Así seguía al vuelo
 La pista de la abeja,
 O rastreaba al ñandú que sólo deja
 El hoyito de la uña del medio en el suelo.
 Conocía por el relincho a la distancia,
 Los caballos de la estancia;
 Y hasta en la noche completa,
 Los sacaba, al pasar, por la silueta.

En sus trampas de lazo, de cimbra o de corral,
 Según fuese el tamaño del animal,
 A su destreza rendían tributo
 El león más remiso y el zorro más astuto,
 Porque nadie en el pago las preparaba igual.
 Nunca se le acabó la fortaleza

Para aquellas boleadas de ímpetu tremebundo,
En que al arrebató de la proeza,
Parecía rodar el mundo
Girado por las sogas en torno a su cabeza.
Y hubiera visto Vd. bajo el certero
Proyectil de las piedras veloces,
Tumbarse ese ñandú en un hervidero
De polvareda, plumerío y coces.

Había buscado con paciencia felina
Al pájaro Carbunclo que por la noche espanta,
Y sólo se ve, dicen, para Semana Santa;
Y la piedrita adivina
Que en los sesos de la golondrina
Suelen algunos hallar.
Sabía mil sucedidos,
Casos y cuentos de aparecidos;
Mas, cuando alguno de ellos consentía narrar,
Poníase, primero, lentamente a fumar.
Requería con calma el mangorrero
De peinar la chala y picar el tabaco;
Y era uno gloria verlo rastrillar al yesquero
De pitón de ternero
O cola de mataco,
La culebreante chispa que, relámpago casi,
No más que a un solo golpe del eslabón, prendía
La yesca que él mismo componía
Con la borra del tasi.

Y esta y que era la historia jocosa
Del tigre viejo ño Pancho,
Con su sobrino el zorro, que se llamaba Juanchito,
Y con el gendarme don Rosa
Que era el necio del carancho.
Y el cuento del gigante con el loro traidor,
Y el de los Tres Verdes Picos de Amor.
Y el caso de los primores,
Andanzas, magias y guerras,
Del Niño Ladino que salió a rodar tierras
En busca del potrillo de siete colores.

Cuando era algún romance
De buen verso y mayor alcance,
Como los de Barraca-Yaco o el gaucho Parra,
Solía cantarlo en la guitarra.
Entonces le sobrevenía
Una remota melancolía;
Y entre los toscos dedos, con mansedumbre fiel,
Las cuerdas le lloraban cual lágrimas de miel.

Yo le asenté la glosa
Llamada de la soledad, que rimó
En su vejez el cura don Roque Henestrosa
Que a él lo había casado y a mí me bautizó.
Pero él me enseñó la estrella

Que da rumbo en los campos sin huella;
Y las nubes diversas como el alma,
Que encrespa el granizo y el huracán dentella,
Y en cuya lívida calma
Puede un galope provocar la centella.
(Sobre todo si es blanco el montado,
O hay algún algarrobo, que es tan ocasionado).

Renitente al jolgorio libertino,
Sólo se lo veía obligar con vino,
Para alguna elección donde votaba
Con lealtad sencilla, siempre por su padrino;
O tirar cinco pesos a la taba
Por no echarse fama de mezquino;
Y entreverarse al final
Con los que celebraban rayando los fletes
Sobre un cajón de cohetes,
El triunfo del Partido Nacional.

Tal pasaron los días (qué es lo que al fin no pasa)
En que hubo para todos prosperidad en casa.
Hasta que cuando, al cabo, nos separó la suerte,
El ramo del adiós nos fué a ofrecer,
Callado, con los ojos duros y el ceño inerte,
Como el *huíllaj*, el árbol recto, sensible y fuerte,
Que florece cuando va a llover.

Así vivió Juan Rojas en sosegada unión
Con la finada Antonia, que ambos difuntos son.
Yo le rindo el sufragio de este recuerdo amigo,
Porque fué consecuente y afectuoso conmigo.

LOS INFIMOS

CANTO la atareada hormiga
Que se afana con su miga,
Y se empeña con su brizna,
Y de industrioso alquitrán se tizna
O de ácido agresivo se avinagra
En el ardor que a su labor consagra.

II

Y la consabida cigarra del apólogo,
Que a pleno sol deflagra,
Poniendo en su monólogo
Una mecha a la pólvora de oro del calor
Y un cascabel al gato del amor.

III

Y el abejorro borrachón de miel,
Que tiene una amapola por tonel.

IV

Y la sensible araña que junto al piano
Teje a ocho agujas su ñandutí liviano.

V

Y el escarabajo magnífico, inmundo
Y redondo como el mundo.

VI

Y la avispa exaltada que lacera
El seno pálido de la pera.

VII

Y el grillo
Con su sencillo
Violín
De negrillo
Saltarín.

VIII

Y la mariposa sentimental
Que de flor en flor lleva su tarjeta postal.

IX

Y el picarón Cupido de alas de mariposa
Que exalta cartulinas con su aneurisma rosa.

X

Y la mosca molesta
Que insiste a la siesta
En la nariz funesta
Del pedante que contra mi buen humor protesta.

XI

Y la malva tranquila
Que en la llaga voraz su piedad destila.

XII

Y la solitaria violeta
Que basta para hacer un poeta.

XIII

Y la borla del ajo silvestre que convida
A evocar en un soplo lo breve de la vida.

XIV

Y el ochavo de luna
Que preferí a la fortuna.

XV

Y el rayo de solcito polvoriento
Que entra al cerrado aposento,
Y en la pared visionaria y tersa
Dibuja transeúntes y árboles a la inversa.

XVI

Y la muchacha fea
Que no tiene quien la vea.

XVII

Y la bonita boba que ofrece al indiscreto
Vate del barrio, su tema de mal soneto.

XVIII

Y el charquito que forma la mula con su huella,
Y en que cae el diamante perdido de una estrella.

XIX

Y el jamelgo que resigna, mohino,
Su fealdad huesuda de santo bizantino.

XX

Y el perro que privado de amo y querencia,
Prefiere el puntapié a la indiferencia.

XXI

Y el cordero que hacia el que lo degüella
Inclina su cabeza de doncella.

XXII

Y el minucioso ratón
Que en sus correrías sobresaltadas
Economiza a pulgadas
La sombra del rincón.

XXIII

Y el chingolo de invierno que en el espinillo
Canta la miseria como un lazarillo.

XXIV

Y el niño que exagera con furtivo rubor
Sus muecas tras la puerta para darse valor.

XXV

Y el raído gringo murguista
Con su testa frenética de artista.

XXVI

Y el poetastro infeliz cuyo estilo
En insípido retruécano es tilo...

XXVII

Y el bocado de pan
Que como sin amargura ni afán.

XXVIII

Y el trago de vino
Que me infunde vigor, concordia y tino.

XXIX

Y la sed de agua que corre expedita y grata
Como una limpia moneda de plata.

XXX

Y el grano de sal
Que es sabor, ingenio y franqueza cordial.

XXXI

Y la cucharada de cuajada trémula
Que ante el nácar y el ópalo puede rimar con émula.

XXXII

Y la última brasa
Que vela el honrado reposo de la casa.

XXXIII

Y el cuzco de la vieja,
Que lagañoso como un chiquilín,
Tiene lana de oveja
Y se llama Jazmín.

XXXIV

Y el rústico bastón,
Con algo de pariente, de gendarme y peón.

XXXV

Y las chozas rubias y morenas
Como las pastoras de las coplas amenas.

XXXVI

Y el pobre diablo que echa al hombro desperejo
Su retazo de sol como un saeo viejo.

XXXVII

Y la sombra de la tapera caediza
Que se quedó con el gato y la ceniza.

XXXVIII

Y el nido abandonado
Que tiene algo de recuerdo olvidado.

XXXIX

Y la hoja seca tan callada y buena,
Que embellece la dicha y la pena.

XL

Y el minuto de buena o mala suerte,
 Que como un cobre
 De pobre
Va cayendo en la alcancía de la muerte.

XLI

Y el sendero serrano que por entre las pitas,
Como un niño callado va juntando piedritas.

XLII

Y la viruta crespa como un rubio borrego,
Fragancia del trabajo y alegría del fuego.

XLIII

Y la asidua costura
Que fomenta la tisis y la virtud obscura.

XLIV

Y el barro en que la ollera conforma la botija
Tierna, rolliza y ávida, cual si pariese una hija.

XLV

Y el adobe macizo y plano
Con su rústica honradez de paisano.

XLVI

Y la escoria que en bello azul turquí.
Se tornasola como un colibrí.

XLVII

Y la paba que arrulla cantarina,
Al lento rescoldo del bienestar.
Y la novelita ejemplar
En que se casa la heroína.

XLVIII

Y el cántaro del agua, que a la avidez enjuta,
Anticipa una negra frescura de gruta.

XLIX

Y el sapo solterón,
Que instalado en el mismo rincón,
Cazando moscas paga su pensión.

L

Y el perfume del grano de anís,
Y la servicial discreción del gris.

LI

Y el pueblo en que nací y donde quisiera
Dormir en paz cuando muera.



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

INDICE

<i>Dedicatoria a los antepasados</i>	5
El Canto	7
Paseo Matinal	13
Quietud Meridiana	21
Regreso Crepuscular	25
Loa del Fuego Alegre	31

ESTAMPAS RURALES.

La Huerta	41
La Aguadora	42
El Labriego	43
El Dogo	44
El Pavo	45
La Merienda	46
El Buey	47
LOS BURRITOS	51
SALUTACIÓN A ENBEITA	71

La Muerte del Manantial	77
Mediodía	81
El Almuerzo	85
La Sobremesa	93

ESTAMPAS PORTEÑAS 103

El Pozo	109
El Hombre-Orquesta y el Turco	115
El Colla	119
El Arroyito Vecinal	123
El Traspatio	129

CIRCO ROMÁNTICO 137

El Arpista	151
----------------------	-----

COPLAS DE PAYADA

El Encuentro	159
El Cantor	169
Juan Rojas	183
Los Infimos	195

